



Poesías

Por el R. P. Fr.

Andrés de Mendigorria

Capuchino





Florecillas ::
:: de un día

Poesias

Por el R. P. Fr.

ANDRES DE MENDIGORRIA
Capuchino

(Con las debidas licencias)



SANTIAGO DE CHILE
Imp. y Encuadernación "CLARET"

Diez de Julio 1140

—
1922

*A mi distinguido amigo y hermano en
San Francisco, señor J. Emilio Madrid O.*

*Acoge, amigo mío,
estos versos, que ocultos tiempo había,
venciendo mis temores,
quieres que salgan a la luz del día.*

*Si no son asaz bellos,
el santo fin que al publicarlos tienes
darales luz y ornato,
y hasta origen serán de algunos bienes.*

*De algunos bienes digo,
porque tu noble corazón desea
que el interés que rindan
para los niños indigentes sea.*

*Para los niños pobres,
que hambre sienten de pan y catecismo,
y piden los arranquen
del vicio y del error al negro abismo.*

*Mas este libro acaso
pasará siempre al mundo inadvertido,
y dormirá empolvado
en un rincón el sueño del olvido.*

*Mi ilusión de poeta
fué grande, caro amigo, no lo niego,
y enorme mi osadía
al acceder a tu insistente ruego.*

*Mas disculpable fuera,
sí, obedeciendo a tu ideal divino,
pusiera hoy en tus manos
un libro hermoso, excelso, peregrino.*

*Pero mi pobre ingenio
no pudo de sus duros pedernales
hacer romper la vena
en dulces y sonoros manantiales.*

*Lo siento por los niños;
que si apagar su sed soñado habías
con estos mis raquíticos raudales,
ellos quedan con sed, tú sin poesías.*

FR. ANDRÉS DE MENDIGORRIA.



DEDICATORIA

A la Sma. Virg n María

A ti, Madre mía,
Dedico estos versos
De pobres ideas,
Si ricos de afectos:
Que el cielo piadoso,
Sin yo merecerlo,
En dulces deliquios
Arranca a mi pecho.
No tienen primores,

Ni raros conceptos,
Que al mundo los hagan
Armónicos, bellos.
Por eso a tus brazos
Se acogen modestos;
Do amante y dichoso
Yo, Madre, yo intento
Poner mis trabajos,
Mis letras, mis versos.
Que al verse abrigados
Por ti con materno
Cariño, encendidos
Al toque secreto,
Que imprimen al arte
Tus manos de cielo,
Saldrán de seguro
Más dulces, más tiernos.
Que sean, o Madre,
Que sean te ruego
Fecunda semilla
De santos deseos.

SONETO

Cuanto inspira del mundo la belleza
y del saber conduce a la alta cumbre,
cuanto el poeta en pálido vislumbre,
copia en sus versos, de inmortal grandeza;

Cuanto el mortal en torno a su estrechez
admira de la inmensa muchedumbre
de seres y astros de perenne lumbre.
fieles pregones de eternal proeza;

Cuanto mi pobre ingenio ha recogido
sobre el Parnaso de celestes flores,
que hanme la mente y pecho suspendido....

Cuanto existe en tí misma, a tus loores
consagro ¡oh Virgen Madre! agradecido...
dones y gracias y virtud y amores.

A BUEN MÚSICO MEJOR POETA

(Episodio de la vida de San Francisco)

Caminaban despacio
con las capuchas puestas
dos penitentes frailes
por la empinada cuesta,
que del Alvernia sube
a la áspera meseta.

La luz del sol besando refulgente
con sus postreros rayos la alta sierra,
va dibujando en el sereno ambiente
sombras abajo y brillos en las crestas.

En los risueños valles
el toque de oración las torres suenan,
cuyos ecos en alas de los céfiros
a las almas despiertan
del olvido funesto en que sumidas
por el mundo vegetan.

—¿Escuehas, Padre mío,
esos sonidos que del hondo llegan?—
—¡Qué bellas armonías, cuán sabrosos
misterios en sí encierran!

Todo nos dice del amor del cielo,
todo, Hermano León, todo en la tierra.

La luz del sol que huye

y las vagas tinieblas,
que flotando del valle hasta las cumbres
del monte se apoderan...—

La escuálida figura de Francisco
subiendo por la cuesta,
y en la indecisa lumbre del crepúsculo
delineándose, ostenta,
derribada la mísera capucha
de la austera cabeza,
los ojos enclavados en la altura,
extasiado de amor ante la bella
armonía viviente
del místico sonar del alma tierra.

—¿No miras, Fray León, hermano mío,
de Dios mansa ovejuela,
cómo la luz del sol al despedirse
besa a la hermana tierra,
y tierno suavizando sus fulgores
muchas cosas le cuenta,
y le dice de Dios hondos arcanos
de divina grandeza:
que entre todos los mundos siderales
ella es la predilecta;
que es la nota más dulce en el concierto
de las altas esferas,
y por esto de envidia recatándose
tililan las estrellas?
—A tu voz, Padre mío, allá en la cumbre
de la montaña aquella
apareciendo viene

como a escondidas por airosa cresta
el astro vespertino, que al mostrarse
como que humilde tiembla.

—¡Bienvenido el lucero de la tarde,
que al imponer silencio en llano y sierra,
nos habla de oración y una plegaria
al Creador eleva!

¡Oh dulce soledad! ¡cómo nos cantas
y elocuente celebras,
al mudo rutilar del firmamento,
los amores del cielo y de la tierra!

—¡Y aquella estrella, Padre, que brillante
y de lumbre más quieta,
asentada parece alla en la cima
de la escarpada sierra
cual para oír tu acento
y dar a tus deseos la respuesta?

—Mis deseos, hermano, son de unirme
a nuestra hermana estrella,
para formar con ella y sus hermanas
de la celeste esfera
las estrofas del himno sempiterno,
que a Dios todas elevan.

Y al resonar del mundo en los confines,
quisiera, sí, quisiera
que la tierra, los cielos y el abismo
en santo amor ardieran,
y el nombre de Jesús en todo el orbe
la última nota fuera,
que rematara en expresión sublime
la universal cadencia.

Subían los dos frailes

por la quebrada sierra,
y la celeste bóveda
más lejana se veía y más abierta;
y cuanto más oscuros los contornos
más suntuosa mostrábase y más bella.
Recamada de puntos luminosos,
cual manto de princesa,
parecía cubriendo entre sus pliegues
misteriosas grandezas.

A medida que avanzan
por ganar la meseta,
más brilla el firmamento,
más crecen las estrellas.
¡Todo es silencio, todo
misterio es en la sierra!
Cuando de pronto surge
de en medio la arboleda
trino sonoro, dulce
de oculta filomena.

—Mira, hermano León: la tierra envía
al cielo su cadencia
en el canto inefable de ese pájaro
hermosamente envuelta.

¿Y en tí no late un corazón, Hermano,
no vibra en tí una lengua,
que al rui señor parlero no dé al punto
la cumplida respuesta?

Canta, Hermano León, al par del ave,
canta tu cantilena.

—Mi voz es destemplada:

Mas bien canta tú, Padre, que las cuerdas
del alma tuya, dóciles al plectro

que diestro las maneja,
con dulce sonos vibrarán timbradas
en el aura serena.

Y el santo Pobrecillo, siempre humilde,
y siempre gran poeta,
encendido de amor y en Dios absorto,
perfumado de altísimas esencias,
dulce y gallardo canta
y al ruiñeñor con santo recelo reta.
—Altísimo Señor, yo te bendigo
por la armonía leda
de mi hermanito ruiñeñor que vierte
amor y paz por la fragosa sierra.
Y tú, tierna avecilla, ne los bosques
música parleruela,
gala y prodigio del que inunda al cielo
de armonías supremas,
y hace rodar en compasados giros
las celestes esferas:
yo te saludo, melodiosa flauta
hermano ruiñeñor, bendito seas!

A la voz de Francisco fascinado
melífluo contesta
vibrando en su piquillo muchedumbre
de notas de cristal, que en dulce trémolo
reteniéndolas quiebra;
prodigio de sonidos, que de un angel
la suavidad remeda,
lluvia de oro de arpegios celestiales,
sublime cantilena.

El Santo Pobrecillo enajenado
oye al ave, y contempla
formarse en la montaña como un órgano
que en árboles y rocas y cavernas
resuena con sabrosa melodía

y honda magnificencia.

—Musiquito del bosque, hermano mío,
tu alabas al Señor, y al monte prestas
tu garganta sonora, le das vida

y ufano gallardeas

cantándole tus nidos, tus amores,
de tu canción las raras excelencias.
Bien haces, ruiseñor; el alto cielo,
que sembró de colores mil la tierra,
puso en tí del sonido los matices,
con que el artista sueña.

Vierte, pues, generoso de tu seno
en mágica paleta

los múltiples colores de la gama,
que llenen de rumor la muda selva,
prorrumpiendo en sonoras armonías
del hondo valle a la encumbrada sierra.

Y todo sea un himno cadencioso
del supremo Hacedor a la belleza
en consorcio triunfal rimando juntos
del sonido y la luz la estrofa eterna.

¡Alabad al Señor en la enramada,
avecillas parleras;

efundid vuestra luz, astros del cielo,
en la noche serena!

El Hermano León al dulce acento
doblando la cabeza

queda prendido en arrobado ensueño
de armonías excelsas,
saboreando regaladas mieles
de lejanas cadencias.....

Desafiando el pajarillo al santo
preludia amante la canción secreta,
que en la floresta al rayo de la luna,
dijo a su compañera,
flor de gorgeos, oro de trinadas,
manejo de suspiros, quinta esencia
de no aprendida música,
consonante respuesta
de aquella melodía
sublime, que es de todas la primera.
¡Oh dulces sonos, que el amor inspira!
¡Divina melopeya!

Arrobado Francisco
con la dulce cadencia
busca en su corazón el estribillo
de la rima perfecta,
que a los trinos conteste
del ave parleruela.....
Y entáblase en torneo porfiado
la más viva contienda
entre el santo juglar a lo divino
y el feliz trovador de la arboleda.
Ambos ponen empeños amorosos
en triunfantes salir de la pelea,
el poeta de Asís cantando laudes
de inspiración excelsa
a la suma belleza del Amado;

y la avecilla ingenua
extremando sus lindos gorgoritos
hasta agotar el tema
de la canción que tejen los sonidos
a la gloria de Dios en cielo y tierra.
¡Cuánto más puja el cantorcillo agreste,
más y más puja el Serafín poeta!
hasta que al fin, de exaltación sublime
el alma ardiente de Francisco presa,
siente que poco a poco
le van faltando fuerzas,
que la emoción sagrada de lo bello
del todo le enajena.....
No puede más: y en generoso arranque
de alta humildad, que al Santo enseñoorea
va alegre y amoroso
al ave parleruela,
y entre dulces aplausos y caricias
dícele así y el triunfo le celebra:
—¡Venciste, hermano ruiseñor, venciste!
Tuya es la palma, tuya, y tan completa,
que en tu leve y sonoro pechecito
un manantial de notas aún te quedan
para seguir llenando de dulzuras
la soledad serena.
Más bien que pájaro eres poesía
y música sincera,
que vas diciendo al nemoroso monte
de armonías ignotas el poema.
Ven a mis manos, ven: pobres relieves
toma, hermanito, de mi escasa mesa,
de tu victoria espléndida

en grata recompensa ;
hasta que luego en remontado vuelo
cruces el alta sierra,
y vuelvas a cantar las maravillas
de Dios por esta selva.
Y yo entre tanto, peregrino errante,
sumido en mi pobreza,
recordando tus cantos melodiosos
aliviaré mis penas,
y añoraré en sus ecos de mi Amado
la melodía eterna.

De ternuras y amores saturado
el Pobrecillo en lágrimas se anega,
y el victorioso ruiseñor ya solo
sin competencia llena
las auras silenciosas de la noche
con el triunfo de dulce melopeya.
Sigue cantando, y luego
asoman por las crestas
los primeros albores de la Aurora
rozagante y risueña,
que del hermano sol anuncia al hombre
la anhelada presencia.
El muy ufano vencedor se oculta
por la umbrosa arboleda,
y enmudeciendo ante el rumor del día,
en sus trinadas cesa.
Francisco de rodillas
con los brazos en cruz llorando reza.....
y en su humildad sublime
jubiloso comenta

con su dulce Jesús, fuente de amores,
del ave el triunfo en la gentil contienda.

El Hermano León, que arrebatado
rumiaba todavía en su alma ingenua
las altas armonías saboreadas,
de su excursión volviendo hacia la tierra:
¡Oh, Padre mío!—exclama enternecido—
cuando acabó tu canto con tus fuerzas,
la música vibrante e inspirada
de tu ferviente amor, deshecha en perlas
y en llanto convertida,
lágrimas se hizo... El ave parleruela
fuese volando al despuntar el día...
y tú lloras aún... En la contienda
del ruiseñor agreste
y del santo poeta
la palma es tuya ¡oh Padre!.....
y élla inmortal corone tu cabeza.

¡Feliz el llanto humilde,
de amor divino melodía eterna!
¡Oh soledad sonora!
¡Oh sagrada montaña del Alvernia!
sublime Olimpo de cristianas musas,
en lides del Amor alta palestra.

AMOR EUCARISTICO

I

Es noche sosegada
del más templado día de verano;
la brisa regalada
su influjo soberano
va derramando desde el monte al llano.

Ningún profano ruído
osa turbar quietud tan deliciosa;
sólo un grácil zumbido
se oye en la huerta umbrosa
si el céfiro las ramas blando acosa.

La plateada luna
vierte su luz de su encumbrado asiento,
y las estrellas a una
en suave alumbramiento
el orbe bañan a su amor atento.

¡Cuán bella te presentas
en tu silencio, noche bienhadada!
¡Cuán sublime te ostentas
de estrellas coronada!...
¡oh lumbre! ¡oh paz! ¡oh calma suspirada!

En ti el pecho affigido
halla íntimo placer, dulce reposo,
el sosiego perdido:
y el ánimo piadoso
elévase al Señor, su amado Esposo.

II

De pronto al aire suena
el pausado clamor de una campana;
su voz vibrante suena
desde torre cercana,
que al hombre dice ser la vida vana.

Del centro de un Convento
se escucha doce veces temblorosa:
su voz el vago viento
pasea majestuosa
por los claustros y huerta silenciosa.

No bien en la clausura
el místico sonar cesado había,
que se oye en derechura
del coro la armonía
de graves voces al Autor del día.

Los maitines cantados,
vanse todos, cual pájaro a su nido,
con pasos muy callados
al lecho endurecido,
que es al alma más dulce que el mullido.

No todos: que una sombra
se ve que tiende hacia el altar sagrado;

su continente asombra
por verse hermoscado
de misteriosa luz que gira al lado.

Prostérnase, y la frente
con humilde fervor pega en el suelo;
suspira dulcemente,
y en encendido anhelo
en brazos del amor sube hasta el cielo.

Es el gran franciscano
Seráfico Doctor, dulce Ventura,
Que a Cristo soberano
en mística postura
ora humillado con filial ternura.

Su vívida mirada
alzando al fin al Santo Prisionero,
que yace en la abreviada
prisión, do placentero,
oye la voz del ánimo sincero...

Exclama arrebatado,
y ebrio de amor, los ojos hechos fuente,
el semblante inflamado,
que irradia por la frente,
gimiendo así a Jesús con voz ardiente:

“Jesús, tu amor divino
no cabe ya en mi pecho,
que en ímpetu deshecho
de sí quiere saltar.

A solas, sin testigo,
a todo humano muerto,
y sólo a Ti despierto,
En Ti quiero morar.

Quiero ¡ay! en dulce plática
ya compartir contigo
secretos de un amigo
delirios de un amor.
Quiero beber a sorbos
la sangre de tus llagas,
quiero, Jesús, me hagas
víctima de tu amor”.

“Sobre olorosos lirios
quiero en tu mismo pecho
yo concertar mi lecho
con ardoroso afán.
Y tú con blanda mano,
mi dulce y tierno Dueño,
me infundas quiero el sueño
que tus caricias dan”.

“Atado con los lazos
de amor y ardiente celo,
eternamente anhelo
prendido a Ti quedar.
Y así preso contigo
en apretado abrazo.
dormido en tu regazo
amor quiero soñar”.

“Sé vida de mi vida,
sé alma de mi alma,
de todo mi ser palma
y único triunfador.
Aura vivificante,
que ya sólo respire,
norte do siempre mire,
señuelo de mi amor”.

“Vela mi sueño, amado,
en tanto que yo duermo;
sobre mi pecho enfermo
vierte tu corazón.
Y dí a tus santos ángeles
plieguen sus aleteos,
suspendan sus gorjeos
del arpa al dulce son”.

“Y en deleitosa calma,
cual tórtola en su nido,
quiero, mi Bien querido,
soñando así vivir.
Pero ¡ay! temo anegado
del sueño en las delicias
que me hagan tus caricias
más que soñar, morir.

“Y sólo tu amor santo,
antes de irnos al cielo
será ya en este suelo
mi eterno galardón.
Y al despertarme un día

mirando a esos tus ojos, ^{esos}
diré sin darme enojos,
con vívida emoción :

“Basta, Jesús amante
que el alma se estremece,
y en fuerza desfallece
de fuego tan voraz.
No más ; tu viva llama
mi sueño eterno agite
mi amor sólo palpita
cabe tu santa faz”.

Calla : y el alto cielo
ábrese al punto en vivos respladores,
cediendo al santo anhelo
y férvidos amores
del dulce serafín de los Doctores.

En medio luminosas
de ángeles turbas mil los aires hienden
músicas armoniosas
suavísimas se extienden ;
la Iglesia toda dominar pretenden.

Y aparece brillante
sobre el altar de Cristo la hermosura
cuyo dulce semblante
luz celestial y pura
derrama en torno y plácido fulgura.

A su vista admirable

queda el santo Doctor arrebatado
de manera inefable,
que, el suelo abandonado,
vese de pronto al aire levantado.

Entonces Cristo hermoso
lánzase alegre de Ventura al pecho,
que hace de sí amoroso
tálamo y blando lecho,
a las ansias del santo albergue estrecho.

Abrázale en su seno ;
y de Cristo el dulzor a su alma pasa,
y queda de amor lleno,
y ardiendo se traspasa,
y anégase en Jesús, libre de tasa.

¡Oh dulce amor! siquiera
de tu llama el ardor siempre encendiese
mi corazón, y fuera
de sí el alma pusiese,
y toda en Ti, ¡oh Dios! la convirtiese.

Entonces, ¡oh Querido!
gustaría los nítidos raudales
de tu pecho encendido,
y libre de los males,
te diera de mi amor finas señales''.

Dice: y el Infinito
tras largo espacio arráncase a los brazos
de su siervo bendito,

que, preso en sus abrazos,
no sabe de Jesús soltar los lazos.

Y el séquito glorioso
con Cristo al frente vuela a las alturas :
y el templo silencioso
queda de pronto a oscuras
sobre huesas de antiguas sepulturas.



A LA ASUNCION DE LA VIRGEN

¿Quae est ista?

Vedla acostada; en tálamo de flores
soñando en los amores
parece estar del divinal Cordero;
que es del cielo manjar y lumbre pura,
es gozo y hermosura,
Hijo de Dios y suyo verdadero.

La muerte, en tanto, amarillosa, hueca,
haciendo horrible mueca,
asómase con miedo de vencida...
bate su negra, indefinible ala,
hondo quejido exhala...
y hunde su frente en la infernal guarida.

Y la Virgen al par, viendo a su Amado,
de lirios coronado,
ceñirla ya como en amante escudo,
lánguida desfallece... y en sus brazos
tiéndele dulces lazos,
como Ella sólo ejecutarlo pudo.

Y gira en torno su postrer mirada,
cual de madre adorada

que se despide de sus caros hijos...
y al devolverla de la tierra al cielo,
 ¡en ardoroso anhelo
sus castos ojos permanecen fijos!

Es que a presencia del celeste Dueño
 la Esposa en alto sueño
adurmióse de amor desfallecida;
y sin dolor triunfando del profundo
 desierto de este mundo...
burló a la muerte... ¡despertó a la vida!

Es que encontró su nido la Paloma,
 la Abeja el dulce aroma
en el vergel de su divino Esposo:
es que el ave, cautiva en este suelo,
 en suave y raudó vuelo,
sube ya libre al perenal reposo.

Y los Querubes, en tropel sonoro
 las cítaras de oro
lanzan en lluvia a sus divinas plantas:
y al aire dan alegres a porfía
 en santa gritería
esta canción las célicas gargantas:

“¡Ah! ¿quién es ésta, cual la luna hermosa,
 que sube majestuosa
bella aurora, del claro sol vestida?
¿Quién es ésta, que al son de mil canciones,
 las célicas mansiones
hace temblar de gozo y bienvenida?”

Y ¡Ella! la hermosa y cándida Paloma
de música y aroma
hiende la nube que a sus pies se riza:
y el sol parece, si a su lado pasa,
cual mortecina brasa
perdida humilde en lecho de ceniza.

Abrese el cielo en vivos resplandores
bañando en sus fulgores
al triunfante cortejo de la gloria,
que va rompiendo sobre mil querubes
las etéreas nubes,
que acarician, pasando, su victoria.

¡Oh, dulce madre! ¿Huyes de este suelo,
y en hondo, amargo duelo
nos abandonas a sentidas quejas?
¿No ves, al irte al celestial asiento,
en nuestro abatimiento
¡cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas

¿No ves sumido en angustioso anhelo
este ¡ay! manojuelo
de tu cariño, Madre de mi vida?
¡Quedo en la tierra a mi pobreza unido,
huérfano desvalido
triste llorando tu final partida!

Si yo pudiera al menos, ¡Oh María!
lanzar el arpa mía
sobre el tropel de santos querubines...

si yo alcanzara en desesperado grito
unirme al infinito
hosanna de los célicos festines!

Goza, pues, Madre, en eternal consuelo
de ese tu excelso cielo
coronada de gloria y hermosura:
más no olvides jamás a tus queridos,
de Ti desposeídos,
lejos, muy lejos ¡ay! de tu ternura.

Y ora que libre ves más claramente
en el trono luciente,
donde de Dios registras los tesoros,
las desventuras que el suelo moran,
socorre a los que imploran
tu valimiento entre fervientes lloros.

A DIOS

EN LA TEMPESTAD

**Ab increpatione tua fugient,
a voce tonitruī tui formidabunt.**
Salmos.

Grande ¡oh Dios! eres cuando mil estrellas
ornan de luz el ancho firmamento,
grande y hermoso, cuando flores bellas
cubren del suelo el verde pavimento,
grande también en majestad descuellas
por la extensión del líquido elemento:
más no te ví tan alto y tan pujante,
cual hoy te miro en tempestad tronante.

Sí, Dios tremendo, excelso, omnipotente,
tú a los rugidos del turbión lejano
haces del monte en la desnuda frente
nubes rodar, mugir el viento insano,
rauda avanzar la tempestad rugiente,
que va anunciando de tu fuerte mano
el divino poder e inmensa alteza,
que humilde adora el mundo en su bajaesa.

De hermosura y poder estás vestido
tras esas nubes que el cenit coronan,

sobre ellas vas de gloria precedido
a visitar los mundos, que aprisionan
tus sabias leyes: y de amor henchido
a los campos y seres que pregonan
tu omnipotencia, cual Señor infundes
vida y virtud, y tu saber difundes.

Y a tu soplo, Señor, las nubes crecen
reconcentrando en sus plomizos senos
las lluvias y el granizo, que ennegrecen
el blanco azul del cielo, los serenos
mares hinchendo de olas, que obedecen
a los impulsos de bravura llenos,
con que tu brazo las impele, y todo
menéase a tu voz según su modo.

Mandas a Bóreas, y en furor murmura
con Euro al par moviendo cruda guerra;
y a sus encuentros con veloz bravura
las crestas ciñe de la enhiesta sierra
la bóveda preñada de negrura,
que amenaza tragarse cielo y tierra:
y ¡ay! del orbe, si el freno detenido
dejas soltar en llamas encendido!

Apareces, Señor, a nuestros ojos
cual inmensa legión tendiendo el vuelo
sobre caballos de fulgores rojos,
que, estremeciendo el encendido cielo,
siembra espantables a su paso enojos
contra los hijos del ingrato suelo:
y todos ante tí los elementos
rebraman traqueteando en sus cimientos.

Sueltas los vientos de su cueva oscura
con ronco estruendo en rápida carrera,
lanzándose al combate en la llanura,
cuyos campos horrible tolvanera
de hojas y polvo, cual la llama impura
de ardiente lava en larga cabellera
sobre el espacio mécese, y en torno
treme la tierra, enciéndose el bochorno.

Y creciendo en tropel los nubarrones,
que encapotan el ancho firmamento,
asemejan mil negros escuadrones
al romper con feroz sacudimiento
sus entrañas en fúlgidos montones,
que llegan, chocan y entre el raudo viento
retumban con furor: y al mismo instante
cruza veloz relámpago brillante.

Rasga en mil partes su antro tenebroso
los espacios hendiendo embravecido,
que súbito serpea luminoso,
y asorda con horrísono estampido
montes, valles, océano espumoso,
do en iras gigantescas encendido
rompe y estalla hirviente entre su seno,
y rueda y se hunde en el tartáreo cieno.

Y a tu mandato ¡oh Dios! vense anegados
sembrados, bosques, áridos baldíos,
que los labriegos miran espantados,
puestos los ojos húmedos y píos
en Tí, que al punto puedes mil nublados

trocar con raudos aquilones fríos
en mansa calma, cual al pueblo santo
secaste el mar con prodigioso espanto.

¿No eres tú el Dios, cuyo divino acento
de los senos vacíos de la nada
hizo brotar al ser en un momento
torrentes de luz pura, que vaciada
en el caos formó el primer cimiento
de los orbes inmensos, do lanzada
la tierra apareció, y florecieron
montes, valles, y cielo y mar cedieron?

Tú eres el que es: y tu palabra cierra
con candados de hierro el oceano;
miras al suelo, y tu mirada atierra
la cumbre altiva y estremece el llano;
tu sabia ley en tres dedos encierra
cuanto creó tu Verbo soberano:
y los tesoros de granizo y nieves
guardas, y a tiempo en nuestros campos llueves.

¡Llueves, Señor! Mas tu potente brazo
en ronca tempestad no los desprenda;
vé antes el iris del estrecho lazo,
con que pactaste en la humanal ofrenda:
en él te adoro con filial abrazo,
y en él suplico que tu amor descienda
cual la llovizna: que en el ronco trueno
mirarte no oso de justicia lleno.

¡ASPIRACION!

Al amable autor de "Lirios
Tempranos", Pedro Parrabére.

Límpida, bulliciosa, sonriente,
desliza su corriente
por mi lugar undoso riachuelo,
que, rodando sus aguas por los prados,
corta por ambos lados
tortuoso cauce en el tendido suelo.

Abrese paso en tosca inflexiones
quebrando a borbollones
entre mimbres y juncos sus cristales;
que en líquidos cendales la campaña
ruidosamente baña
fertilizando mieses y eriales.

Por el lado oriental de la ribera
nace una cordillera
que se dilata en muro prolongado,
do se levanta monte gigantesco,
que en su pico grotesco,
argos semeja de rodela armado.

Tiene este monte por estrado a un valle
de hermosa y vasta calle,

que humilde besa su fragosa planta;
a cuyo pie, cubierta de jarales,
 por altos peñascales
busca acceso al gran valle una garganta.

De allí se extienden campos dilatados
 de huertas y sembrados
a largas millas de fecunda tierra,
que de las aguas la veloz corriente
 baña copiosamente
descendiendo en canales de la sierra.

En este dulce, ameno, rico llano,
 en que todo es lozano,
todo fecundo, hermoso, placentero,
el corazón se explaya, y el sentido,
 de angustia y pena herido,
recobra paz y norte verdadero.

Aquí a un rincón del valle que he pintado,
 por mi mano plantado
tengo un vergeñ de rica flor cubierto,
que a mi sincero afán agradecido
 ya muestra todo henchido
en alegre esperanza el fruto cierto.

Por él distraigo mi cansada huella
 buscando siempre aquella
lumbre que sigue al sol que fúlgido arde,
para arrobarme en toda su armonía
 cuando en la selva umbría
brille, al caer la perezosa tarde.

Ya aquí me paro ante fragante rosa,
la mano temblorosa
sobre su esbelto cáliz apoyando;
ya allí remuevo el agua de la fuente,
que tuerce sonriente
su paso entre la grama tropezando.

Ya busco en torno, sin saber por dónde,
la dicha, que ¡ay! se esconde
a cuanto ansioso el corazón desea.
Sigo... y al fin me rindo fatigado
al pie del arbolado
ajeno al bienestar que me rodea.

Y dando al aire trino placentero
dulcisono jilguero
viene a poner en aterción mi oído,
que despertando de su sueño al alma,
le infunde dulce calma,
hasta absorberla en misterioso olvido.

Y elevada a región desconocida
recobra nueva vida,
que Dios le diera en el primer destino:
gusta el placer en su fontana pura,
bebe en él la dulzura
y queda transformada en ser divino.

¡Oh gozo y paz del centro bienhadado!
¡Oh! ¡cómo tu traslado
mi espíritu contempla en lontananza!
¡Aquí viviera yo libre de penas,

rotas ya las cadenas,
que rotas veo en célica esperanza!

Yo a la sombra tendido en mi pradera
muy dichoso estuviera
contemplando de Dios las maravillas;
de ambiciones exento, de locuras,
de necias aventuras,
del vil metal, de argénteas vajillas.

Aquí de yedra y lauro coronado,
cantando al monte y prado
del Hacedor supremo las grandezas;
apartado de pleitos mundanales,
que traen tantos males
en sus pompas de vicios y bajezas.

Aquí... más ¡ay! ¿qué nube de verano
tras huracán insano
viene a robarme el transparente cielo?
¡Oh! ¡cuál braman los vientos encontrados!
¡cuál valles y collados
vânse cubriendo de negruzco velo!

Ya retumban chocándose bravíos,
y envían largos ríos
de sus bocas los truenos con espanto.
Ya mi vergel contemplo destruído...
¡que no hay gozo cumplido,
que no lo anegue el agua del quebranto!

Sólo al través de ese turbión lejano

florece un soberano
vergel, do brota y reina la alegría:
que en este pobre y miserable suelo
todo es angustia y duelo...
y ¡el vano gozo dura sólo un día!

NAVIDAD

Rió el cielo: destilaron
de sus manos celestiales
torrentes de bendiciones
llenos de gozo, los ángeles.
Se abrió la tierra cual flor
sonriendo a los mortales;
y allá en pobre portalico
nació un Niño, a quien su Madre,
más pura y blanca que el ampo
de las nieves perenales,
le adoró como a su Dios
en tierra humilde postrándose;
dióle un beso como a su Hijo:
pero ¡ay! como el tierno Infante
del rigor del crudo invierno,
falto de abrigo bastante,
comenzase a dar vagidos
y todo el pobre temblase,
llena de amor infinito
tomóle en brazos la Madre,
le estrechó contra su pecho,
le envolvió en blancos pañales,
dióle a mamar y al Niñito
acabó por acallarle.
Al ver todo esto, en corrillos
decíanse allá los ángeles:
“¿Cómo es que pobre Doncella
así ha logrado calmarle?”



MUSICA DEL BOSQUE

Sobre la verde rama
Del olmo más erguido,
Que crece con orgullo
Mirándose en el río,
Rüiseñor parlero
Cantaba dulce trinos;
No sé si bien me acuerdo
De aquellos cantareillos,
Mas entendí que alegre,
Moviendo el dulce pico,
Entre ufano y piadoso
Decía al campo y río:
—¿No véis? todas las aves
Ceden al canto mío:
A nadie Dios ha dado
Tan melodiosos trinos—
Y luego enamorado
Mirando de hito en hito,
Sobre la yerba fresea,
Que lame el manso río
Deseiende presuroso,
Vase de brinco en brinco
Hacia la clara margen,
Moja en el agua el pico,
Arrulla, torna al olmo,

Y haciendo blando ruido,
Puntea otra letrilla
En son tan expresivo,
Que yo, admirado, al punto
Me fuí hacia el pajarillo,
Busquéle por las ramas,
Y él que me vió, me dijo:
—¿Da, hombre, a Dios mil gracias
por todo beneficio,
Cual yo mañana y tarde
Le doy con mi piquillo—”

CARIDAD Y GRATITUD

ODA

Al Rmo. P. General O. M. Cap.

Pastor esclarecido,
Sucesor de Francisco, en dulce anhelo
mi acento enardecido
llegue a tí en raudo vuelo,
y en grato son ascienda de tí al cielo.

En cláusulas de fuego
brindarte quiero canto melodioso;
pero si a esto no llego,
ve, Padre bondadoso,
que el afecto del alma es ardoroso.

Mas ¿quién ¡ah! quién se atreve
al Sucesor de humano Serafino
la voz mísera y leve
de pobre Capuchino
temblando alzar con reverencia y tino?

Sólo si el sacro aliento
del Dios de amor propicio me inspirara,
bien entonces mi acento

de su adorable Cara
emanación divina reflejara.

Emanación de vida
de aquel celeste amor, que, soberano,
tiene en Cristo manida;
y con divina mano
convierte en oro el vil metal humano.

Virtud, hija del cielo,
nace a su luz en nítidos raudales;
que en este bajo suelo
desata en manantiales
mil veneros de paz a los mortales.

Virtud, hija del cielo
es alma Caridad, radiante llama,
que en encendido anhelo
al hombre ruín inflama,
y a los eternos goces lo encarama.

Por Dios mismo traída
del cielo y en la tierra trasplantada;
en su amor concebida,
a sus pechos criada
y en raudales al hombre derramada.

Virtud, hija del cielo
es santa Caridad, panal labrado
en este amargo suelo
por quien sabe agraciado
responder a la voz del ser amado.

En el pecho divino
a torrentes bebió de su terneza;
y el pecador mezquino
al contemplar su alteza,
prendado se quedó de su belleza.

Sólo el amor que engendra
esta virtud, es santo y verdadero,
cuyo almo fuego acendra,
de paz rico venero,
la gratitud del corazón sincero.

Amparo y fortaleza
de aquel que en élla cifra sus labores:
su celestial terneza
las penas y rigores,
las congojas alivia y los dolores.

Feliz el que tendido
bajo su santa sombra y cobijado,
y puesto ya en olvido
el mundanal cuidado,
sólo en su albergue vive consolado.

Mas triste del que lejos
de esta virtud, huyendo en noche oscura,
oculto a sus reflejos,
busca en vano ventura,
y el encanto del mundo y su hermosura!

Ella inspira mi canto,
ella inunda mi pecho de alegría;

y hoy despliega su manto,
cual claro sol al día,
que brilla en pos de tempestad bravía.

Y hoy ciñe el arpa de oro,
santo Pastor, de lauro floreciente,
y ofrece por tesoro
corona reluciente
de blancas flores para orlar tu frente.

Y hoy canta los desvelos
de tu ferviente pecho bondadoso,
los trabajos y anhelos
que por tu grey, piadoso,
Padre y Pastor, soportas generoso.

Y el mío así inflamado
celebra tus virtudes a porfía;
de rosas coronado
recorre en este día
de tus glorias la inmensa galería.

¡Ah! si mi pobre canto,
en vivo arranque de encendido anhelo
volar pudiera tanto
con levantado vuelo,
que su armonía arrebatará al cielo!

A la cumbre subiera,
donde ciernes las alas de tu gloria:
de sus luces bebiera,
dignas de clara historia,

de tus hechos cantando a la memoria.

Pero mi débil canto,
falto de voces, pobre de armonía,
volar no puede tanto;
si bien grato porfía
el afecto en mostrar del alma mía.

Afecto, que piadoso
mientras Dios rija, y de mi edad la rueda
gobierno bondadoso,
antes mi diestra queda
se tornará, que amortiguarse pueda.

¡Oh dulce sentimiento
del paternal amor, que en dulces lazos
presta secreto aliento
al hijo, que en sus brazos
goza del fuerte imán de sus abrazos.

Guste, oh Pastor querido,
yo de tan suave amor la dulce prenda;
su néctar bendecido,
que sobre mi descienda,
en alma y pecho su virtud extienda.

Y alegre corderuelo
en pos de ti por sendas y breñales
iré al florido suelo
de gozos eternos,
que al alma paze en rosas inmortales.

Ya fiel te sigo y tiendo
por caminos seguros y orientados,
y los escollos hiendo
por tu huella marcados,
en pos de tí marchando sin cuidados.

Hasta que al fin de penas
libres ¡oh Padre! y de esta cárcel dura
rotas ya las cadenas,
en la inmortal ventura
del Sumo Bien veamos la hermosura.



¡AURORA PASCUAL!

(Lux ecce surgit aurea)

Ya la aurora anunció con sus albores
Teñida en mil colores
La fiesta y gozo del solemne día:
Ya sus fulgores, recorriendo el velo
Del aterido suelo,
Ciñen los montes y la selva umbría.

Ya en cada flor tremolan banderolas
Las nítidas corolas
Al santo Vencedor del Orco impío,
Y vuela el ave ensordeciendo el viento
Al sacro monumento,
Dó inútil vela el pérfido judío.

Ya álzase altivo de su cuna ardiendo
Y luz nueva espareciendo
El sol fecundo; y por el mar sonoro
Asoma sobre el carro refulgente,
Lanzando desde oriente
Fuego en mil haces por las bocas de oro.

Hermoso el astro que domina el cielo,
Hermoso el verde suelo,
Juvencido con pintadas flores!

Todo respira celestial contento,
 Todo vital aliento
De un Dios triunfante en medio a los loores!

¡Día de bendición! el mundo entero
 Celebra pregonero
Del Capitán divino la victoria;
La tierra, el cielo, el limbo con sus almas
 Baten ruidosas palmas.
Vítoreo dando a su triunfante gloria.

Hoy la Hija de Sión ciñe y esmalta
 Su pecho; y tañe y salta
En torno al hoyo de la blanca losa.
Su amor enciende: aviva y engalana
 Su manto de oro y grana,
Su pura frente de laurel y rosa.

¡Plácido día! Suspirada calma
 Envuelve y sacia al alma,
Y eleva el corazón en dulce encanto;
Que inundando mi joven fantasía
 De amor y poesía,
La anega muda en misterioso espanto.

¡Oh celestial placer! siquiera al menos
 De esos cielos serenos
Yo ¡ay! gustara el néctar de tu gloria;
Lleno de amor entonces te enviaría
 ¡Oh Cristo! la poesía,
Que en mí sentí de tu triunfal victoria.

PERSPECTIVAS

1.^a

Ve aquella que se desprende
del monte roída peña,
cual mal arraigada breña,
que en tierra arenosa prende.
Desde el movedizo suelo,
donde trémula se abraza,
al hondo valle amenaza
caer en rápido vuelo.

Contempla en ella a tí mismo:
si del monte es desprendida,
¿qué le espera a la caída?...
a la caída ¡el abismo!

2.^a

Mas tiende a la vez tus ojos
al bosque que está vecino,
do florece esbelto pino
entre peñascos y abrojos.
Contra él huracán furioso
ensaya su empuje y fuerza;
y aunque lo quiebre y retuerza,
siempre brota más frondoso.

¿Qué espera en cambio el mortal,
a quien la afficción azota?

Feliz si cual pino brota
a golpes del vendabal.

3.^a

De allá vuelve a la pradera,
que airosa yace a tu espalda,
besando la abrupta falda
de espaciosa cordillera.
Mira cual limpio arroyuelo
serpea, dando a la flor
vida y belleza y frescor,
que va fecundando el suelo.

Contéplate en él también:
y mira que en esta vida
debes hasta la partida
como el arroyo hacer bien.

4.^a

Tu cansada vista al fin
convierte al diáfano cielo;
en alas de ardiente anhelo
vuela a su último confín.
Todo es luz, todo armonía,
do como en propias mansiones
florecen los ricos dones
del amor, paz y alegría.
¡Qué belleza sin ejemplo!
copia en tí mismo un traslado,
que imíte bien al dichado,
de tales virtudes templo.



SOLILOQUIO

Al Angel de mis canciones

Clamabit ad me et ego exaudiam
eum, cum ipso sum in tribulatione,
eripiam eum et glorificabo eum.
(Salmos).

Cuando en los sueños de la edad primera,
bella ilusión de la humanal carrera,
que huye a la muerte con veloz corrida,
pródigo brindas, oh Angel peregrino,
dulce consuelo, plácidos amores;
y de esta corta vida
vas matizando a trechos el camino
de arroyüelos y encendidas flores;
libre del alma el inocente pecho,
sobre el mullido lecho
de tus celestes brazos arrullada,
late feliz en ansias voladoras,
soñando a todas horas
con la ventura y celestial morada.

Así un tiempo recuerdo yo, Angel mío,
en que radiante y de dulzuras lleno,
sobre tus brazos mi alma paseabas
por un vergel ameno.
Allá en tu amor sagrado
¡oh dicha! me embriagabas:
túnica excelsa de color nevado,

fruto de tus desvelos,
a mi cuerpo ceñías,
y sin dolor mis pasos conducías
a la mansión eterna de los cielos.
¡Cuán dulce y cariñoso
aplicabas tus labios en mi frente,
y el ósculo ferviente,
que de tu amor sentía venturoso,
mi alma derretía
y en tu sagrada faz la embebecía.
 Cuántas veces, recuerdo ¡oh Angel mío!
con gracioso desvío
tu semblante risueño me ocultabas,
y al pié de blanco lirio
linda canción en el jardín cantabas.
¡Ay! cuánto me obligabas!
y a amenizar tu amor y tu hermosura,
creyéndote una rosa,
pintada mariposa
posábase sobre tu casta frente.
Y el ruiseñor al son de tu armonía
batiendo alegremente
las alas, descendía
a tus manos en trino cadencioso,
de aquí a allí saltando presuroso.
Y el blanco lirio que a tus pies brotaba
en el vergel de flores tapizado,
lánguidamente el cáliz doblegaba,
para aspirar en su gentil cercado
los himnos de dulzura,
que allí la brisa pura
en blandos ecos del cantar llevaba.

¡Feliz era mi suerte!
Mas ¡oh vida que nace para muerte!
¡qué breve es su gozar! y cuán sin rienda
por ignorada senda
va a dar al fin en su postrer ocaso!
que apenas un instante se divierte
la vista, cuando advierte
la huella audaz de su gigante paso.

¡O recuerdos risueños, que hoy evoca
mi corazón!... y en lúgubre quebranto
¿por qué en mí pobre canto
la más suave bonanza
con la más negra tempestad se toca?
El sol de oriente en majestad nacido
sembrando paz, fulgores y alegría,
ya tras los montes se hunde, y en un día
transformación tan repentina ha sido.
Ayer de vida y juventud henchido,
la sien cubierta de lozanas flores,
hoy triste y desvalido
rodar las veo al suelo sin verdores.
Ayer soñando encantos y bellezas
con la sonrisa angelical del cielo;
hoy acosado de dolor, tristezas
de indefinible malestar oprimen
mi alma, al recuerdo de envidiables glorias,
que, para aumento del presente duelo,
son de otra edad nostálgicas memorias.
Ellas me dicen ¡oh Angel! que tú eres
el que tan grato ayer me sonreías;
ellas que tú de aromas y armonías,
todo en mi alrededor, sueños y seres

con maternal solícitud cubrías.
Mas ¿dó paró tan celestial ventura?
¿qué se hizo ¡ay! de mi pasada estrella,
qué del jardín y plácida hermosura,
qué de mi bien y de mi edad más bella?
¿Do la voz suena, que antes me agradaba,
dónde la flor que allí me recreaba,
dónde el Angel, que al pie de la azucena
hacía oír su canto delicioso?...
En mi pecho aún resuena
dulce la voz del Angel amoroso!

Presto ¡ay, de mí! muy presto se han trocado
mis pasado: sinceros regocijos
en lamentos prolijos.

¿Qué brazo en ira armado,
a mis ojos oculto y escondido,
de la cumbre feliz me ha derrocado,
rotas las alas, y en horror sumido?
¿Qué noche es ésta, que mis ojos miran?
¿por qué oculto desierto,
el paso endeble, el corazón incierto,
hoy mis anhelos agolpados giran?
La luz que un día en vívidos fulgores
iluminó la senda de mi vida,
¿quién ha apagado? las fragantes flores,
que ceñían mi frente adormecida,
¿qué mano aleve marchitó? Dios santo,
inconsolable llanto
viene a inundar en lágrimas mis ojos.
No veo sino abrojos:
la pena aumenta y el voraz quebranto,
cual sierpe coreobada,

entre los pliegues de mi negro manto
retuércese ensañada.

Huyeron ya con el espanto mudos
de mi boca, Dios mío, los acentos,
que exhalaba mi pecho alborozado:
sólo ya roncós, lúgubres lamentos
arranco apenas a mi plectro amado,
que antes ¡feliz de mí! cantar solía
himnos de amor, endechas de alegría.

—A tí, pues, vengo en angustiosa duda
a demandarte, mi Angel peregrino,
amparo y pronta ayuda.
No mi aflicción desoigas enojoso,
que recio torbellino
movido hase en mi alma;
y a tí con rostro mustio y pesaroso
buscando llego mi perdida calma.
Ven ¡oh santo Angel! ven al valle umbrío
en el silencio de la noche oscura;
vierte un rayo de luz de tu hermosura
desde la excelsa cumbre,
donde te ocultas con tenaz desvío.
¡Oh de mi vida misteriosa lumbre!—

Mas ¡ah! ¡cielos! ¿qué veo?
En fugitiva huella
de fúlgida centella,
que hiere el ojo de improviso... veo
rasgar el aire en rápido aleteo
al Angel peregrino,
que, acento leve de invisible lira,
a mi oído suspira
volando al monte del feliz destino.

Miróle huir y con afán ardiente
tiendo veloz los brazos para asirme
de su cándido manto... y locamente
corro tras él lloroso, y mil querellas
dando a los aires, que engañosos ecos
repiten por los huecos
del monte, que al son de ellas
la voz remedan de mi Bien querido.
Y trémulo y rendido
a través de las sombras caminando,
llamo y más llamo al Angel, afligido
a las cumbres y valles preguntando:
—¿Do estás, Angel amado,
de mi tan olvidado?
Mira mis penas, cuida de librarme,
que es ¡ay! muy recio y duro el enemigo,
y no es dado escudarme.

Mira el dolor violento,
que asorda mis clamores;
mira mi flaco aliento,
siempre impotente a tantos sinsabores.
¿No me miras aún? ¡óyeme, mira!
¿por qué hoy en mi amargura
te alejas de mi lado,
y en tinieblas sin luz y sin ventura
me dejas aherrojado?...—

¡Triste de mí! acongojado, ansioso
exhalando del pecho hondos lamentos
trepo a la cumbre por buscar reposo...
Pero ¡ay! son vanos mis cansados pasos,
son vanos mis acentos...

Mudó su ley en mí naturaleza,
que hasta no hallar a quien el alma ansía
no siento ya su vida, ni belleza;
ni en su curso normal y movimiento
percibo la armonía,
que antes tan dulce y grata la sentía.
El blando mecimiento
de las altas frondosas arboledas,
el trémulo conciento
del suave resbalar de ocultas hojas,
las armonías ledas
del ave solitaria en la espesura
frío terror me infunden y congojas,
que acrecientan mi amarga desventura.
Si al cielo miro y su azulado manto,
a mis ojos se muestra en luto airado;
si del peso abrumado
contemplo con amor la baja tierra,
me aflige dolor tanto...
que al fin me rindo a tan mortal quebranto
desfalleciendo en la escabrosa sierra.

—Ved cuán duro, Señor, es mi destino:
no puedo más en tan difícil prueba,
que es ¡ay! muy arduo y áspero el camino.
Ven ¡oh mi Dios! mi espíritu renueva;
pon en mi ayuda tu benigno brazo,
si a no lejano plazo
has abreviado tu poder divino.
Mírame al fin: ¿o tu bondad olvidas,
tú, Padre amable, que de suave freno
ley imponiendo, produjiste el mundo
lleno de encantos, de hermosura lleno?

con fuerte mano en tu saber profundo
para tus glorias publicar, de un velo
terso y azul vestiste el ancho cielo.
Diste a la flor para beber su aroma
nítido cáliz, para alivio blando
cercaste el árbol de tendida rama,
el aura pura en la apacible loma
nacer hiciste, que veloz soplando
por campiñas y selva se derrama:
para trinar las aves produciste,
el monte de cascadas,
de fontanas el prado enriqueciste...
¿y a mí, oh Señor, como a los hondos mares,
de amarguras y azares
saciarne el alma acaso dispusiste?—

Digo llorando así... y al par conmueve
mi corazón extraño sentimiento,
que presente del Angel, donde se halla,
la presencia feliz, el claro acento,
el murmurio del céfiro que mueve
sus seráficas alas... pero calla.
—¿Callas, mi Bien? no me respondes? dime:
¿no ves el ansia que a mi pecho oprime,
por ver siquiera en el sereno espejo
de tu semblante un pálido reflejo
del santo amor, por quien mi amor desmaya?
¿No ves que está tan lejos la alta playa,
do yaces tú, y cielo y mar y tierra
cruelles me hacen guerra?—
Hasta el peso ¡ay de mí! que arduo me abruma
burla de mis dolores.

y mis quejas y llantos y clamores
resuélvense en espuma.
Y si olvidar aún quiero
mis agudos pesares,
de mil angustias nuevo derrotero
veo abrirse, cual ondas de los mares,
que me anegan con ímpetu más fiero.

Así en senda fragosa abandonado
y de alta mar en la amargura hundido,
del consuelo celestial desesperado,
con semblante y acento dolorido,
al cielo empedernido
lanzo grito angustioso,
que en alas del dolor hiende ligero
los anchos senos del espacio airoso.
Mas ¡ay de mí cuitado!
¿así infeliz en aflicción probado,
vencido soy del negro abatimiento?
¡culpable desvarío!
¿de tu divino amparo desconfío,
y en vil y necio sollozar blasfemo?
¡perdón, perdón, Dios mío!
osé contra tu amor... ya me arrepiento!
Sí, sí, ¡piedad! que en luz arrebolada
en la cima del monte veo una Estrella,
una no más, pero tan dulce y bella,
que en pos de sí con celestial encanto
arrastra a mi alma, que en su lumbre fía
de mí extraviada vía
las tinieblas vencer. ¡Dulce esperanza
de mi duro quebranto!

Ya en plácida bonanza
dirige amable mi cansada huella
a la feliz montaña... ¡Ella es mi guía!
la del hirviente mar fúlgida Estrella,
la dulce siempre virginal María,
¡a que en mis trances me salvó ¡sólo Ella!

—¡O luz, luce en mi alma,
y alumbra ya la noche de mis penas,
quiebra ya mis cadenas,
y libre goce del amor la palma!
Y tú ¡Angel amado!
que sobre mí velando noche y día,
contemplas mi penar desde la altura,
lleva a mi Dios mi acento acongojado,
llévale y dí que en lánguida agonía
muriendo estoy de amor en noche oscura.
Dile a mi Bien que acabe ya mi duelo,
dile que venga en plácido consuelo
a me apurar el cáliz de amargura...

¿Callas, cruel? de mi clamor te alejas?
¿Por qué insensible a mis sentidas quejas,
por no escucharme, con tu sacro manto,
tapas, veloz huyendo, tus orejas?....
No, no, ven presto, enjuga ya mi llanto.

¿Piensas que dura roca
soy por ventura, que en furor violento
del líquido elemento
resiste la onda, que en su frente choca?
¡Ay! no, que pobre esquife
en vórtice revuelto sin piloto,
daré sin tiento contra el arrecife,

do quedará por fin hundido y roto.
Dile a la Reina del Amor, la bella
dulce Madre de Dios, del mar Estrella,
que me tienda sus manos:
dile que perseguido
por dentro y fuera soy de tres tiranos,
que fuertes e inhumanos
verme pretenden a sus pies rendido.

Así diciendo, inclino ya mi frente
en largo espacio sobre el débil pecho,
de tanta angustia y aflicción deshecho:
y al punto blandamente
sus alas misteriosas
de plácido beleño
sobre mi adusta frente
cierne silenciosas
el apacible sueño,
que, acariciando a mi alma,
y sus penas dejando en el olvido,
en dulce hechizo infúndeme tal calma,
como no cabe en humanal sentido:
a cuyo influjo el Angel de mi vida,
vestido de brocados,
desde la cumbre excelsa y escondida,
sobre las plumas del céfiro süave,
con semblante amoroso, pero grave,
viene a aliviar mis miembros fatigados.

Como después de negros nubarrones,
saliendo el sol en su esplendente asiento
brillar se ve con nuevo lucimiento
y dar color más vivo a las campiñas;

así el Angel feliz de mis canciones
llega a brillar en medio de mi alma
con apacible y misteriosa calma....
Y vuelto yo de la honda pesadumbre
veo a mi lado el Angel bondadoso,
tan brillante y hermoso,
que el sol sería pálido vislumbre.
Amable y cariñoso
mueve sus alas de color nevado,
hiere y sacude mi dormida frente,
déjame todo en su fulgor bañado;
pone su mano ardiente
sobre mi pecho, el corazón me estrecha,
y hediendo en él enharbolada flecha,
quedo en su amor del golpe arrebatado.
Y al punto complaciente,
sus labios de carmín entreabriendo,
toca mi sien ligera, suavemente,
me imprime un beso, y háblame diciendo:
“—No temas, caro amigo:
yo soy de Dios felice mensajero,
que de esta vida en el mortal sendero
lucha, padece y siempre ora contigo.
Dios nunca te abandona:
mas al entrar en su real servicio,
quiere que el siervo que su amor blasona,
de la virtud en áspero ejercicio
labre valiente su inmortal corona.
Así cuando mil males
de la mano de Dios tu pecho affigen,
piensa amante que todos se dirigen
a modo de castigos paternales.

No abatas, pues, tu espíritu afligido,
que El en su amor sin fondo ha preferido
brindarte ahora ofrenda meritoria,
para darte después eterna gloria.
Y atiende, fiel amado,
que tu estás obligado
humilde a recurrir a su clemencia,
cuando negra influencia
y del dolor el peso te ha abrumado.
Suave es el yugo del Señor: su gracia
pídele humilde sin cesar; las penas
deleite son con el favor divino;
y al quebrarse del cuerpo las cadenas,
son rica prenda en el postrer destino.
El mismo Dios con amoroso acento
cantó en el arpa del real Profeta:
“Cuando el mortal en triste abatimiento
clamare a mí, le habré al punto escuchado:
que Yo en todo momento
me pongo siempre al lado
del pobre atribulado.
Derramo en él cual Padre a manos llenas
el bálsamo de vida,
que amengua y quita las amargas penas,
y en la final partida
doile en mi Casa gloria sin medida”.

Dice: y en alas de radiante vuelo,
cual astro errante de encendida estela,
desaparece rápido a mis ojos...
Sobre el desierto suelo
caigo al punto de hinojos

en ferviente oración, dándole al cielo
gracias sin fin, que en celestial consuelo
bañan de fé y amor el alma mía....
Tiendo la vista al monte rutilante,
por donde en triunfadora gallardía
dejó sus huellas mi sagrado Amante.
Con intensa alegría
recuerdo su fineza,
su imponderable celestial dulzura,
de su rostro la angélica belleza....
Y al levantar de nuevo la mirada,
despierto ya del sueño
al blando son del aura regalada.



EL VERGEL DE LA VIDA

A la memoria de mi
hermana María.

Por un ameno vergel
mi alma de ilusiones llena,
mezcla de placer y pena
a veces solía hallar:
porque a veces con las flores
divertido el pensamiento
sentía vago contento,
que a dar venía en pesar.

Del aura al sopro liviano,
perfumado con las flores,
aspiraba los olores
del encantado vergel;
y embebido meditando
dulces sueños me alegraba,
y mi salud confortaba
paseándome por él.

Mas un día contemplando
las plantas de la floresta,
tallo la corola enhiesta
de blanca, olorosa flor.

Muévese un viento ligero,
y apenas sopla en mis manos
que en sus pétalos lozanos
desvanécese el verdor.

Miro entonces a una rosa,
que en su trono de esmeralda
lucía rica guirnalda,
cual princesa del jardín:
y al inclinarme a cogerla,
en vez de encantos y auroras,
hallo espinas punzadoras
y marchito su carmín.

¡Cuán juntos marchan, Dios mío,
los gozos y los pesares!...
Cual la espuma de los mares
tras las ondas del bagel.
A las plantas del esquiife
nace altiva sonriendo,
para morirse gimiendo
en su mismo redondel.

Vuelvo los ojos en torno
por buscar más bellas flores....
mas ¡ay! tan sólo dolores
encuentra mi corazón:
que en angustias anegado
late sus fibras ansioso,
pidiendo al cielo reposo
y consuelo en la aflicción.

Es el recuerdo de aquella
flor divina, duradera
de la eterna primavera,
que florece en el Edén.
Flor, que en su nítido cáliz
guarda la excelsa diadema,
que allá en la vida suprema
coronará nuestra sien.

Si dan los placeres cuita
y aflicción el grato suelo,
¿en dónde hallar el consuelo?
¿en el lecho de un vergel?
¿Acaso blanca azucena
tendrá mi bien encerrado
en su hermoso cerco alado,
en su vistoso dosel?

En tanto que así decía,
la más fragante y amena
del jardín alba azucena
al suelo ajada cayó.
Entonces, mirando al cielo
ví que sólo tras la muerte
hallaré en última suerte
mi gozo y mi bien en Dios.



LA VOZ DEL BUEN PASTOR

Con motivo del jubileo
sacerdotal de S. S. Pío X.

I

Quisiera en mi impotencia la cítara de oro,
que vibran los querubes con plectro divinal,
para entonar un himno dulcísimo, sonoro
de Roma al Padre santo, al Padre universal.

Mas ¡ay! temo, vacilo: que nunca los abrojos,
que de entusiasta bardo topando al paso van,
venecí; jamás del arte pisé, siquier de hinojos,
el místico zaguán

Ricos de fé sincera, si pobres de armonía,
los bárbaros sonidos de mis conceptos son:
mezquina en sus imágenes la inquieta fantasía,
si pródigo de afectos mi ardiente corazón.

Mas cantaré, aunque humilde, con noble atrevimiento;
que hoy de mi tosea lira no ofenderá el cantar,
cuando la Iglesia Madre infunde dulce aliento
a celebrar del Papa la fiesta jubilar.

Su santa fé me inspira, la fé que del Oriente
en alas del gran genio fecunda iluminó
las fértiles campiñas del nuevo continente,
que, cual Edén soñado, de ignoto mar surgió.

Ante su lumbre Chile, patria de vencedores,
rindió la noble frente de Cristo a la verdad:
santa verdad que irradia con vívidos fulgores
del alto Vaticano la augusta Majestad.

Y hoy del Hijo del trueno la gran ciudad Chilena,
sus senos dilatados por íntima expansión,
se agita, se conmueve de vivo afecto llena
por dar al gran Pontífice espléndida adhesión.

La ciencia y arte unidas en liza entusiasmada
poética corona se afanan en labrar,
para ceñir amantes con mística lazada
las sienes del Pontífice en su año jubilar.

De gloria émulos todos ya veo cual palpitan,
inspiración pidiendo del ara santa al pié:
conozco los anhelos que al pensador agitan,
conozco del poeta la generosa fe.

También así en mi pecho del estro enardecido
a intermitentes golpes retoza el corazón,
ansiado de la Iglesia al gran Monarca ungido
cantar dulces endechas en rítmica canción.

II

Es ya la tarde: al soplo de la aura templadora
percibo dulces ecos en torno a mi volar:
murmullo blando, plácido, que en voz arrulladora
por las nocturnas sombras llamando está a mi hogar.

¿Es invisible genio que vaga en los espacios
sobre alas impalpables del mundo en derredor?
¿es celestial espíritu que en áureos palacios,
velado el rostro lúcido, de Dios canta el amor?

¿O el ángel de la tarde presenta en copa de oro
vibrante entre sus manos fructífera oración,
que en espiral inmensa del misterioso coro
sube en grata oblación?

¿Y qué en sus leves ondas dicen los blancos ecos,
sus alas agitando sobre mi pobre umbral?
¿qué buscan cuando mueren hundiéndose en los huecos
del centro solitario del claustro monacal?

¿Quién vá?—grito: y el eco resbala misterioso
en las nocturnas sombras, cuando veloz clamor
cruzando por las bóvedas respóndeme amoroso:
—De Dios soy el Heraldo, del mundo el buen Pastor.

Y al par cual si escuchara de hábitos sagrados
de rozagante seda el suave deslizar,
contemplo del Pontífice los pasos mesurados
subir las áureas gradas del sacrosanto altar.

Y veo que del templo el perfumado ambiente,
con luces irisado de nítido esplendor,
refleja de sus labios el resonar potente,
llamándonos a todos con paternal amor.

Y siento que en las bóvedas se extiende la armonía
de su inspirado acento, que arranca al corazón
mil lágrimas ardientes preñadas de alegría,
de fé y amor filiales magnífica expresión.

Ya el aura saturada al toque de su frente
paréceme que vierte perfume celestial,
como deshecha en perlas de saltadora fuente
derrama en la espesura jugo y frescor vital.

Ya creo que sus ojos mi corazón hiriendo
con paternal mirada difunde en torno amor,
ya finjo que al mirarme me va dulce diciendo:
“yo soy el buen Pastor”.

Y sueño ya que el céfiro henchido a su elocuente
acento blando suena: “yo soy el buen Pastor”;
que el eco fatigado repite dulcemente
“yo soy el buen Pastor”.

Sí, tú eres Pastor santo, que a dulces pastos mueves
por la cristiana senda a la escogida grey:
y allá en la Piedra viva de Cristo Dios la embebes,
de su Razón divina cumpliendo sacra ley.

Conozco, sí, en tus voces, que vienen desde lejos
temblando a mis oídos, que tú eres buen Pastor;
conozco en tus miradas los nítidos reflejos
de tu sagrado amor.

Conózcote: y admiro tu santo amor paterno,
pintado en tu semblante de plácido sonrís;
conózcote al decirme con ese acento tierno:
“yo soy Pastor, que vengo a hacer tu alma feliz”

Venid a mi, ovejillas, las que gemís en llanto,
y en sempiterno gozo de Dios os bañaré,
de aquel dulce Bien sumo que es bálsamo al quebranto
de combatida fé”.

“Pastor soy que abandona por la perdida oveja
la entera grey y olvida por ella mil y mil:
cruza montañas, valles, y todo alivio deja
hasta la hallar y en hombros condúcela al redil.

¡Oh Padre y Pastor tierno, más que Pastor, mi Padre:
con ambos dulces títulos te nombra ya mi amor:
Pero en mi fé sincera no sé cuál más te cuadre,
si el título de Padre o el nombre de Pastor.

Si de Pastor te es propio velar en la majada,
de Padre en tí posees por templo un corazón:
si del primero pastos, del otro me es prestada
sublime compasión.

Mas ¡ah! la voz de Padre que escapa de mis labios,
jamás podrá acallarla mi afecto filial:
que nunca otro vocablo podrán formar los sabios,
que encierre en su concepto dulzor tan celestial.

Si bien al par contemplo ligada en tu persona
del pastoral oficio la excelsa magnitud;
que a impulso de tus méritos te labra una corona
en la eminente cumbre de ciencia y de virtud.

Tú con serena frente pisaste las altezas,
que forja en su delirio la mísera ambición:
mas Dios, ya que la huías, te levantó a grandezas
sublimes, superiores a humana condición.

Y en alas vuelas rápido del genio peregrino,
sentado sobre el monte del Sol de la Verdad,
y ofréceste en la senda del áspero camino,
como brillante antorcha de ciencia y de piedad.

De tu infalible ciencia los nítidos raudales
envía al fértil suelo del mundo de Colón,
traspasa de los Andes las cumbres virginales,
fecunda del Chileno la heroica nación.

Chile, región edénica, del sol acariciada,
de montes gigantescos, de inmensurable mar:
que alza su frente al cielo, de nieves coronada,
con infinito anhelo queriéndolo besar.

A esta fecunda tierra de intrépidos guerreros
si fieles a su patria, más fieles a su Dios,
derrama, Pastor santo, de fe ricos veneros,
que los mantenga unidos de Cristo Rey en pos.

Sí ¡ay! Pastor sagrado, que en las tremendas luchas
que agita el negro monstruo, es fácil sucumbir;
que por fatal desgracia son muchas ¡ay! son muchas
las víctimas que no hacen más que llorar, gemir.

Mirad la antigua sierpe ceñida de centellas
tras el rojizo carro de engaño e impiedad,
que acecha desde lejos las inocentes huellas
del que la senda sigue de fe y de caridad.

Sus roscas arrollando sagaz y seductora
parodia del rebaño las pieles y el balar...
e incauta la ovejilla feliz, retozadora,
trisca de mata en mata sin lazos sospechar.

Ya corre desalada saliendo del otero,
y va a caer en los dientes del hórrido chacal...
¡la honda, Pastor, la honda, arrójale certero!
como el zagal de Efrata lanzó contra Golial.

Tiende la vista pródigo sobre ese mar incierto
del mundo, rige el paso del pobre pecador,
su naveilla náufraga guía al seguro puerto,
donde Jesús nos brinda su inagotable amor.

Jesús, vida del alma, que con la muerte asido
en afrentoso tronco pródigo amor nos dió:
cuyo costado abierto por dardo enerudecido
en purpúreos raudales fuente vital manó.

A esa fontana viva de tu cayado santo
bajo la dulce guarda, su sed a apagar van
las pobres ovejillas, que trémulas de espanto,
temen del lobo pérfido el sanguinario afán.

Más yo, inesperto, tímido sobre mi esquife roto
las olas voy sureando cansado de remar.....
¡la Estrella de los mares! boga a su luz, Piloto,
que el puerto a nuestros ojos empíezase a cerrar.

María, dulce Estrella, de santo amor delirio,
que inunda a nuestras almas en piélagos de luz;
la hermosa Virgen Madre, que en hórrido martirio
viendo a su Dios clavado, nos engendró en la Cruz.

A su fulgor virgíneo encauza tú mis vuelos
desde este suelo mísero al celestial confín:
su brillo me ilumine, cuando en mortales velos
mi vida sienta próxima a su postrero fin.

En tanto, oh dulce Padre, tranquilo al cielo tiendo
por las tortuosas sendas bajo tu amparo fiel,
y en pos de tus vestigios brezos y escollos tiendo,
los páramos trocados en prácido vergel.

Tu bendición imploro... yo en cambio con mi lira
postrarme sólo puedo pidiéndote favor.....
porque mi acento débil en mi garganta expira,
expira con tu amor.

Así, Pastor y Padre, mi pecho conmovido
preséntaos mil plácemes de amor y gratitud,
de sus profundos senos a vuestra gloria unido
lanzando sus afectos al par que su laúd.



FLORECILLAS DE SAN FRANCISCO

Con sus dedos de rosa blanca Aurora
va recorriendo de la noche el velo;
brisa fugaz de aromas saturada
cimbrea en suave oreo

de un cercano pinar las altas copas
de los esbeltos árboles, que a trechos
permiten ver, abriéndose ondulantes,
del adriático mar los verdes senos.

Surge el sol, y sus rayos
iluminan espléndidos
las verdeantes faldas
de un escondido cerro,

que, aunque domina el mar desde su cima,
siempre oculta modesto

a la osada mirada del profano
el sagrado misterio

de un hombre, que hecho amor, vive en la tierra
peregrino feliz mirando al cielo.

De rodillas está: acariciado
por el ventalle de los pinos, suelto
su semblante hacia el mar, cuyo murmurio
unido a su alto ruego,

le hace caer de languidez divina
en dulce arrobamiento.
¿Es que el orar ferviente y prolongado,
así robando al sueño
las altas horas de la noche, rinde
al hombre enamorado, que en el cielo
tiene puesto su amor, mas en la tierra
como un vivo salterio
con las plantas, las aves y las bestias
canta al Señor en plácido concierto?
Entornados los ojos, y los labios
ligeramente abiertos,
dando expresión al pálido semblante,
los brazos extendidos hacia el cielo,
y la noble cabeza algo caída
sobre el cansado pecho,
que recibe la lluvia de unas lágrimas
en amoroso y cálido silencio;
parece ya que cede a la fatiga
de los hondos afectos
de su amante vivir; mas es Dios mismo
quien lo rinde a su amor, y el débil cuerpo,
aún transformado milagrosamente
en otro Cristo, traspasado el pecho,
y las manos y pies agujereados
con divinales hierros,
busca expansión de la aérea colina
en el ambiente fresco.
¿Mas hallará Francisco para el horno
de sus ardientes vívidos afectos
en los efluvios de la hermana tierra
cumplido refrigerio?

¿Ofrecerá quizás el horizonte
a sus altos anhelos
dulce vagar, que algún tanto mitigue
de su encendido pecho
los ardores seráficos,
de amor divino prodigioso extremo?

Con pasos medidos,
los ojos en el cielo,
sube a la verde cima
del solitario cerro.
Suspira, y de su boca
exhala hondos acentos,
que van diciendo a todos:
su amor me pone en fuego,
su amor divino y santo
por quien me estoy muriendo,
su amor, que no es amado
en este ingrato suelo;
¡Oh, Amor de los amores,
profundo es tu misterio!

Francisco hunde su vista
en el espacio inmenso
anhelante de ver si algún viviente
de la tierra o del cielo
quiere con él en fraternal consorcio
compartir el secreto
de su alto amor... y allá en el horizonte,
do se abrazan y besan mar y cielo,
aparece ligera nubecilla,
en cuyo blanco seno

destácase una mancha, que en gracioso
y curvo movimiento
avanza hacia la cima
del escondido cerro,
do el Santo cae en delicioso éxtasis
con las flores riendo,
que le dicen del Lirio de los valles
inefables secretos.

Los árboles que en torno se columpian
movidos por el viento
parece que inclinados suavemente
ponen oído atento
a las dulces palabras,
que se exhalan del pecho
del Santo Pobrecillo, y contestando
con un sacudimiento
abren sus copas a la móvil mancha,
que vagarosa se cernía lejos;
y de repente en círculos graciosos,
al trasponer un cerro,
alígera bandada
de pájaros parleros
se van posando por las verdes ramas
en bullicioso vuelo.

—Hermanitos, venid: cantad conmigo
laudes sin fin al Hacedor supremo,
que os dió por vestimenta
esas plumas sedosas, lindos remos,
con que cortáis alegres el airoso
espacio en rauda vuelo.

Alabad al Señor que generoso
sobre la mesa del erial desierto

os provee de innúmeras semillas
y múltiples insectos.—
A la voz de Francisco en bullicioso
y rápido aleteo
mueven las cabecitas y parleras
sus picos entreabriendo,
ya responden que sí, ya le suplican
que del Padre común, que está en el cielo,
les hable muchas cosas...
y diciéndole así, baten el vuelo
al rededor del Santo, a cuyas plantas
forman variadas líneas en silencio
agitando sus alas y esperando
que prosiga el sermón:—Privilegiadas
criaturas de Dios, de tierra y cielo
sois libres dueñas, sin que nada pueda
trabas poner a vuestro leve cuerpo,
cual la luz y la voz en el espacio,
amigas de los céfiros:
benedicid al Señor, mis hermanitas,
y remontad el vuelo
pregonando de Dios las maravillas
en armonioso coro vocinglero.—

Los pajarillos baten sus alitas
rozando el lacio ruedo
del áspero sayal, color de alondra,
del dulce Poverello,
que acariciando las sedosas plumas
de variado matiz, va bendiciendo
a los distintos grupos, que en bandadas
alzan trinando los plumosos cuellos.

Y de ternura y gozo todo henchido
al despedirlas, como en justo premio
traza en los aires una cruz solemne,
 que por los cuatro vientos
 hendiendo el horizonte,
a cada grupo marca el derrotero
que ha de seguir, y al punto entre mil trinos
 los pájaros ligeros
en cuatro bandas lánzanse. Francisco
arrobado contempla el raudo vuelo;
y al hincarse de hinojos, oye pasos
de sigiloso andar... es Fray Maseo:
quien, al llegar del cerro a la ladera,
 escudriña el secreto
 del varón endiosado,
y luego exclama con devoto acento:
“Abrid, Señor, mis labios”—“y mi boca”,
 Francisco respondiendo,
“pregonará tus alabanzas”.—Padre,
a riesgo aún de suspender el rezo,
decidme por favor qué significa
 ese cruzado vuelo,
con que he visto eortar el horizonte
 por cuatro derroteros
a tanto pajarillo.—¡Oh, hermano mío!
 amado Fray Maseo,
 de Dios es dulce areano,
del porvenir simbólico misterio.
Los que en la Iglesia somos los menores,
 en número creciendo
llenaremos del mundo los confines
 por ambos hemisferios,

cual las aves cruzando las campiñas
 de mil extraños suelos,
 en la paterna provisión divina
 siempre los ojos puestos.
 Dejemos, pues, las dulces soledades
 de este amable desierto,
 y, palomas de Cristo mensajeras,
 al poblado bajemos.—
 —Mas ¿cómo, Padre, de las varias rutas,
 marcadas por los pájaros, sabremos
 cuál es la señalada
 por el Señor al ministerio nuestro?—
 —Echate a andar sin más por esa senda,
 y allí en aquel encuentro
 de tres caminos, sobre tus talones
 andando al retortero,
 el rumbo encontrarás de nuestro viaje.—
 Y Fray Maseo al punto obedeciendo
 con perfecta alegría,
 darse al extraño juego
 del rápido girar sobre sus plantas
 hasta que su Maestro
 le dice basta:—Basta, hermano mío,
 y toma aquel sendero,
 que ante tu frente se abre, que esa vía
 es el rumbo secreto
 del Angel del Señor: marcha adelante.—
 Y marcha Fray Maseo.
 —¿Por qué este hombre de Dios tan simplecillo
 se muestra a la sazón? ¿por qué misterio
 me trata a lo chiquillo?—en lo recóndito
 de su conciencia exclama Fray Maseo.

—Mas ¿qué te importa a ti?—replica al punto
todo confuso y trémulo
su humilde corazón—¿no es por ventura

Francisco tu maestro?—

—Afinca en esa idea, Hermano mío,—
por lumbre divinal Francisco viendo
el secreto pensar del religioso,
dícele:—y mira, mira, Fray Maseo,
¡cómo viene por todos los caminos
muchedumbre de gente a nuestro encuentro!—

Y Fray Maseo alzando su mirada
fervoroso y contento
ve de los pueblos multitud compacta
invadir los senderos
en busca de Francisco, y rodearle
entre aplausos y vítores, acentos
de santa admiración y regocijo
y devoto ardimiento.
Entusiasmada la piadosa turba
toea el sayal grosero
del Santo Pobrecillo, y fervorosa
cubre de ardientes besos
sus manos y sus pies, y no contenta,
póstrase humilde en santo acatamiento.
Fray Maseo lo observa, y ve a Francisco,
que manso y dulce a todos bendiciendo,
acepta el homenaje
del fervoroso pueblo.

Echa la noche por los tibios valles
su oscuro y denso velo,

y con las aves, que a sus nidos vuelven,
va tornando a sus pueblos
la multitud devota, aunque indecisa
no sabe al fin en su ferviente anhelo,
si quedarse en sus casas
o de Francisco ir en seguimiento.
Bendíceles el Santo, y en los aires
resuenan mil acentos
alabando al Señor por admirable
en su humilde y fiel siervo.

Contemplando la escena
está extrañado el bueno Fray Maseo;
y apenas queda solo,
se acerca a su Maestro:
—y ¿por qué a tí, Francisco, por qué, Padre,
a tí con tanto anhelo?—
—¿Qué me quieres decir, Hermano mío?
—Que por qué en pos de tí va el mundo entero?
¿por qué corre hacia tí el pueblo todo,
y ansía verte y escuchar tu acento?
No hay gallardía, ni belleza rara
en tu menguado cuerpo,
no resplandece en tu palabra ingenua
el resplandor del genio,
no eres sabio, ni noble, ni posees
nada que al mundo te haga valedero.
¿De dónde viene, pues, que todo el mundo
siga tus pasos, copie tus ejemplos?—
Embargado de gozo el Pobrecillo
siente inundado el pecho
de un torrente de luz que le transporta

en alas del Espíritu hasta el cielo,
donde ve a Dios con la mirada puesta
en los pobres mortales, y volviendo
en sí del rapto, se arrodilla humilde
himno entonando de alabanzas lleno
con gran fervor de espíritu, y exclama:

—¡Oh, Hermano Fray Maseo!
¿Quieres saber por qué a este pobrecillo,
a mí simple e inepto,
acude el mundo, e incansable viene
en pos de mí siguiendo?
No vieron nunca los divinos ojos
en todo el universo
hombre más vil que yo, ni ser alguno
más digno de desprecio,
ni pecador más grande, ni criatura
más incapaz y mísera, por eso
Dios me ha elegido para hacer al mundo
estentación visible de su inmenso
poder y amor; que nada es la hermosura,
ni la nobleza, ni el sutil ingenio
ante el Señor, y todo honor y gloria
débesele a El solo por entero.—

Con honda admiración y regocijo
oyóle Fray Maseo,
y todo conmovido recordando
de tan humildes frases los conceptos,
encaminóse solo,
en lágrimas deshecho
a meditar la alteza
de la obra del Señor en su fiel siervo.

Entre tanto Francisco
en arrobado ensueño
contempla de la Cruz el alta ciencia
esculpida en sus miembros,
imagen viva de la acción sublime,
de la humildad y del amor engendro.
Y el que se precia de instrumento inútil
de Cristo, queda hecho
trasunto portentoso,
que cual pulido espejo
hace entrever al vivo la hermosura,
la ciencia y el poder del Rey del cielo.



“EL MISIONERO”

Miradle, ya marcha: su heróica frente,
que blando acaricia del bosque el ambiente,
irradia fe y paz.

De amores divinos luz alma en sus ojos,
que un día fluyeron ardientes despojos,
refleja vivaz.

Su abierto semblante ternura derrama,
al pobre y al huérfano de sí en torno llama
con fuerza y dulzor.

Su pecho apostólico de celo palpita
buscando a las almas, que mueve e incita
de Cristo al amor.

Miradle, ya avanza: miradle, ligero
se lanza anhelante por arduo sendero
con noble pasión:
no esquiva medroso la fiera que ruje,
ni menos le espanta la astucia y empuje
de indiana región.

Del suelo paterno y hogar olvidado,
gual mártir de anhelo valiente soldado,
ya en pos de la Cruz.

Doquiera que pasa señala sus huellas
con hondos vestigios y ráfagas bellas
de amor y de luz.

En mano nudoso bastón, el breviario,
la Cruz y a la cuerda ceñido el rosario
que reza al andar,
con pobres sandalias y un hábito rudo
extensas campiñas, cual Cristo desnudo,
se apresta a cruzar.

Sin malla, ni acero, sin pan, sin bagaje,
volando va en busca del pobre salvaje
con tanta ambición;
cual puede anhelante la intrépida suerte
en pos ir del oro a riesgos de muerte
con ciega pasión.

Por bosques sombríos al par que se interna,
quizás rinde incierto su frente y prosterna
pidiendo valor;
mas óyete el cielo; y al duro combate
dispuesto el apóstol, ya nada le abate,
ni entibia su ardor.

Traspasa volando la ardiente llanura,
no teme avanzando de negra espesura
por selvas entrar:
llamando va al indio por campos incultos,
y a veces vaeila de ranchos ocultos
la huella al buscar.

Mas viendo de lejos al indio, que rudo
con arco a la espalda y el dardo sañudo
 infunde terror;
su alma ardorosa se enciende, se agita,
e hirviente en su pecho la sangre palpita
 de gozo y de amor.

Y marcha venciendo jarales y peñas,
trepando sonriente las ásperas breñas,
 que estorban su pie.
Y al fin trasponiendo gigánteo monte,
contempla gozoso tendido horizonte
 do siembre la fé.

¡Con qué regocijo ve ya el misionero
de tribus ocultas el obvio sendero,
 con qué dulce afán!
Cual goza el labriego mirando sus mieses,
cual viendo los frutos que ofrecen sus reses,
 se alegra el gañán.

De amor y fe ansioso le acoge en su seno
sus plantas besando de júbilo lleno
 el pueblo indio infiel:
los valles sonríen, los montes se agitan,
las tribus y aldeas de gozo palpitan
 y corren trás él.

Y amante el apóstol, solícito avanza
por chozas y ranchos cruzando, y se lanza
 del pobre indio en pos:

Del cielo le muestra la senda ignorada;
estrecha en sus brazos la oveja extraviada
y guíala a Dios.

Si ingrato se aleja, ligero le sigue;
afable le llama le insta y persigue,
le obliga a escuchar.

Y al punto en su pecho del Dios ignorado
la santa doctrina y el germen sagrado
se esfuerza en sembrar.

Con dulces palabras de amor y consuelo
enciende a los indios en ansias del cielo,
do está su porción.

Y a veces cantando, de acorde instrumento
mil notas arranca de risa y contento
en tierna expansión.

Si escuchan sus voces y atienden ¡cuál goza!
celoso al momento sus muebles y choza
se afana en labrar.

Y alegre en su cima la Cruz enarbola,
la Cruz sacrosanta ¡la Cruz! arma sola,
que le hace triunfar.

Allí le refieren sus cuitas y males,
y él ¡ah respirando bondad, paternas
consejos les da.

Sin nunca enojarse, si encuentra dureza,
sin ver de sí en torno con pena y tristeza
lo sólo que está.

Maestro, abogado jüez, sacerdote,
no huye o desdeña la pala o picote
de diestro peón;
ya grave se impone, ya humilde se abaja,
ya mide la tierra y ansioso trabaja
con celo y pasión.

Los dóciles indios le ven admirados,
sus órdenes cumplen y atacan postrados,
se humillan ante él.
Y al sacro bautismo rindiendo las frentes
por célico encanto, son ya nuevas gentes,
son ya un pueblo fiel.

Gozoso él entonces, levanta su tienda,
al Dios de los cielos tan sólo encomienda
confiado su grey.
Y alegre buscando otras tribus, les lleva
del santo Evangelio, del cielo la nueva,
de Cristo la ley.

Traspasa montañas y valles umbríos,
con firme denuedo vadea los ríos,
que nadie sondeó.
Audaz desafía desiertos, llanuras,
se interna entre pampas, recorre espesuras,
que nadie cruzó.

Jamás ante el riesgo su huella ha temblado,
jamás por temores su mente ha soñado,
volver hacia atrás.
En Dios solo piensa y humilde confía

que en trono de gloria feliz algún día
habrá un mártir más.

Y al fin llega el día que rápida flecha
de un indio salvaje volar ve derecha
su seno a partir.

Y alzando sus ojos, do brilla la llama
de amores divinos: “¡Oh Dios mío!—exclama
a Tí quiero ir”.

Mas ántes recibe benigno mi vida,
que en dulce holocausto la tengo ofrecida,
¡Oh dulce Señor!
por este tu pueblo que un día pagano
e inculto me diste, y ahora cristiano
tuyo es por amor.

II

Salud ¡oh Mártir! purpúrea rosa
de la corona del Redentor:
salud ¡oh Apóstol! palma gloriosa
te sea dada, flor olorosa
de ocultos valles ¡eterno loor!

No fríos mármoles a los mortales
ya tus cenizas ocultarán;
que en esos campos primaverales
dispersas yacen entre brezales,
que coros de ángeles velando están.

Salve, de Cristo don soberano,
de su amor santo hostia y altar:

trayendo un lirio, fresco, lozano,
para ponerlo mi torpe mano
sobre tu huesa, véngote a honrar.

Nada más tengo que mi indignancia,
de pobre ingenio la cortedad,
no oro, ni lustre, ni arte, ni ciencia,
solo un destello de mi conciencia
para ensalzarte, para cantar.

De fuerte mártir, de apóstol santo
ciñes la auréola de eterno don:
entre mil loores oye mi canto
que al cielo elevo con dulce encanto,
ardiendo en fuego de emulación.

Feliz, o Mártir, feliz mil veces
hoy te celebra mi amor filial:
tu sangre heroica tanto engrandeces,
que en esos campos que así enrojeces,
cual flor te elevas sobre un erial.

En las regiones del indio fiero.
ganas la meta con noble ardid,
hallando al punto breve sendero
de cien heridas por el reguero...
¡Digna corona de tanta lid!

Hostil el mundo te brindó en manto
de pompa vana mentida flor:
mas despreciando su necio encanto,

vences su astucia: y él entre tanto
llora impotente su odio y rencor.

Y esa flor vana, que ayer traidora
fascinar quiso tu corazón,
hoy trás los rayos de breve aurora
triste muriendo, ya se se evapora...
mientras tú logras eternal don.

Madre bendita, puerta del cielo
¿quién tales héroes en Tí engendró?
Iglesia santa, mi único anhelo
surcar los mares al rico suelo,
do tanto heroísmo por ti brotó.

Yo de Francisco la cuerda ciño,
ella es de mi alma firme sostén,
mi fe e inocencia guarda de niño;
con ella, oh Madre de mi cariño,
subir espero puro al Edén. .

Mas antes, Madre, antes quisiera
la sangre toda por tí verter;
y esta mi vida pasarla entera,
buscando al indio que en la pradera
desnudo corre sin Dios, ni fe.

Y aunque me quiera del elemento
la furia horrenda despedazar,
y aunque el rugido sordo del viento
corra parejas con mi ardimiento...
¡todo peligro quiero arrostrar!

Y aunque el salvaje mil lazos me arme,
y dardo en mano persiga en pos,
y con sus gritos rudos me alarme,
de mi fé pura ni un solo adarme
padrá arrancarme, teniendo a Dios.

Iglesia santa, de Cristo Esposa
guarda en tu seno mi corazón:
por tantos mártires mi voz llorosa
oye y por ellos, Madre piadosa,
la palma dame de salvación.



MI IDEAL

I

Celebro una Mujer: una tan sola,
cuya pura beldad es embeleso
del mismo Dios que para sí crióla;
desde mi infancia la sentí en el beso
de otra mujer, cuyo recuerdo inmola
mi amor filial en santo y tierno acceso
a Aquella sola, que de Dios encanto
objeto es sola de mi pobre canto.

Entre las flores de mi edad primera,
cual celestial aparición radiante
de amor y luz, sobre gentil pradera
vi aparecer su plácido semblante,
la vi inclinarse, en sueños, placentera
sobre mi alma, y desde aquel instante
fué el ideal de mi placer y gloria,
fué el objeto feliz de mi memoria.

Y a mis ojos lucieron con encanto
los primeros albores de la vida;
perseguí una ilusión: pero Ella en tanto
presentóse ante mí de amor henchida;

corrí anhelante por besar su manto,
y oí una voz que en son de despedida
dijo a mi corazón: “Del mundo, niño,
huye, verás cuán grande es mi cariño”.

Y fué feliz cuando la voz siguiendo
ceñí el sayal del pobre Capuchino:
fuí más feliz, cuando de amor sintiendo
el fuego santo, ante mis ojos vino
sonriente a lucir, del cielo hendiendo
brillante nube, el sueño peregrino.
No fué ya sueño: la ilusión querida
vino a alumbrar los pasos de mi vida.

Aquella voz que murmuró a mi oído,
más dulce a mí que música harmoniosa,
aquella hermosa aparición que ha sido
risueña imagen de jazmín y rosa,
aquel dulce ideal en que embebido
soñé pasar la vida tormentosa,
vuélvenme a sonreír: y así yo canto
a la Virgen sin mancha, que es mi encanto.

Y ¡cómo nó! Si Cristo nos convida
por la infalible voz de su Vicario
a celebrar en fiesta enaltecida
de su Madre el agosto aniversario;
si suena el canto de ovación y vida
desde las altas naves del santuario;
si ¡Inmaculada! el ángel desde el cielo
grita, y la aclama alborozado el suelo.

Más ¿qué haré al fin, si efímeras y vanas
las flores son de humana poesía?
¿No ofreceré a las plantas soberanas
de la Virgen mis versos noche y día?
¿No cantaré, aunque con voces llanas,
la Concepción sin mancha de María?...
Y ¿quién mejor que humilde Religioso
a la que es Reina del Amor Hermoso?

II

Mi inspiración en su volar ligero
a tus plantas rindiendo el arpa mía,
tu pura Concepción que cante quiero
con voz sonora y dulce melodía:
quiero que tuyo mi cantar sincero
brille cual tuyo al esplendor del día.
Pobre es: mas ¡ah! en mi natal pobreza
brote de tí del arte la belleza.

Antes que el sol su carro diamantino
veloz moviese en el rosado oriente,
tu ser ¡oh Virgen! del poder divino
agotaba la fuerza omnipotente,
ligando en tí con inmortal destino
lo más grandioso que formó su mente:
y tan bella al salir en tu hermosura
eres de Dios la excelsa criatura.

Tu ser reúne en misterioso lazo
cuanto de bueno encierra el orbe junto,
que ni de Dios el poderoso brazo

puede crear más célico trasunto:
Así admiramos en estrecho abrazo
ángeles y hombres tu feliz conjunto,
pregonando que Dios omnipotente
en ti vació su inagotable fuente.

El te creó más pura y más divina
que cuanto puro Querubín glorioso
fuera de Dios comprende e imagina.
Ni corazón, ni esfuerzo poderoso
puede alcanzar donde tu ser termina:
¡punto inefable, excelso, esplendoroso!
¡Ah! ¡quién te viera en atrevido vuelo
cual te vió Juan desde el oscuro suelo!

Sobre nítidas nubes apareces
la cabeza de estrellas coronada,
del sol vestida, con perpetuas creces
bajo tus pies la luna plateada,
y entre coros de Arcángeles te meces
cerca del trono del Señor sentada.
¿Puede subir a tan sublime altura,
donde tú estás, humana criatura?

¿No eres hija del hombre?... confundida
¿no te vió Dios en el primer pecado?
¿no te mordió la sierpe maldecida
cuando tu ser al mundo fué creado?...
No: El te salvó de la común caída
antes de ser el orbe modelado.
Presidió a todo tu inmortal destino

con el Verbo de Dios que al mundo vino.

Triunfó Luzbel del hombre delincente,
rugió de gozo al contemplar su hazaña.
irguió altanero su abatida frente,
lanzóse audaz con implacable saña
a la lucha con Dios: mas de repente,
cual sale el sol detrás de la montaña,
apareciste tú, Virgen sagrada,
y su cerviz dejaste quebrantada.

Inefable sonrisa de dulzura
brilló en la faz del Todopoderoso:
tu sér contempla y a la vez murmura
desde el trono del cielo esplendoroso:
“¡No hay mancha en tí, tu Concepción es pura!”
Y al escuchar el grito victorioso,
se estremeció la tierra alborozada,
y te aclamó por siempre **inmaculada**.

Y al repetir este sagrado grito
entre nubes de gloria los mortales,
quedó en los Hijos de Francisco escrito:
que al derramarlo en líricos raudales
desde la tierra al límite infinito,
ceñéronse de lauros inmortales,
que coronando su brillante historia,
es el blasón más grande de su gloria.

También yo quiero a esa real corona
ceñir la flor que ofrece mi pobreza;

nada es el don al alma que ambiciona
dar al mundo pregón de tu grandeza;
nada el mismo arte al pecho que blasona
cantar tus glorias de inmortal' belleza.
Nada es: mas oye el cántico de gloria
con que hoy celebro tu triunfal victoria.

Cuando a tí miro y torno el pensamiento
a contemplar del mundo la hermosura,
el aura suave, el murmurar del viento,
las vagas nieblas de la noche oscura,
los astros mil del ancho firmamento,
su inmensa, azul, fulgente vestidura
son para mí raudal de poesía,
qué me inspiran mil versos, oh María.

Tanta es, oh Virgen, tu belleza es tanta,
que el mismo sol desde el rosado oriente,
cuando su curso en majestad levanta,
va mendigando rayos a tu frente,
y busca en pos tu inmaculada planta
la hermosa luna para ser luciente
peana a tus pies, y todas las estrellas
quieren seguir tus divinales huéllas.

Copian de tí los místicos vergeles
su amenidad, las perfumadas flores
de tí matizan lirios y claveles;
mariposas, abejas, ruiseñores,
ora liban tus néctares y mieles,
ora cantando tu beldad y amores

con no aprendidos sonos, a porfía
tu Concepción ensalzan, oh María.

El aura imita tu apacible acento,
las flores mil tu nítida hermosura,
las estrellas del alto firmamento
matices son de tu mirada pura,
de tu manto imperial es ornamento
del cielo azul la tersa vestidura,
de tí el alba tomó sus tintes rojos
en un mirar de tus celestes ojos.

¿Qué canto yo? La creación entera
no es bella aún ni para orlar tu manto;
sería acaso, si lograr pudiera
rayo de luz de tu divino encanto.
No sé cantar: mas si cantar supiera,
diría al mundo en elevado canto
tu belleza inmortal: pero oye, mira,
quiero cantar, porque tu amor me inspira.

Quiero cantar: a Tí Vergel cerrado,
donde brotó radiante de dulzura
de los Cantares el Esposo amado;
que al tomar de tu seno la hermosura
de mortales arreos ataviado,
vestida te dejó de su hermosura,
inundóte de gracias, y fecunda
Virgen y Madre te hizo sin segunda.

A Tí Ciprés, Espejo, clara fuente
maná de Dios, sustento de su vida,
palacio augusto, imagen esplendente
de su virtud, amada y elegida
entre millares, astro, sol luciente,
que iluminas la senda oscurecida
de este valle de lágrimas, cercado
de escollos mil y espinas crizado.

A Tí, de Dios celeste Tesorera,
del Sol divino rutilante Aurora,
para el culpable augusta Medianera,
iris de paz para el que triste llora,
del sacro Corazón dulce Portera,
cámara breve do el Inmenso mora,
lazo de unión del nuevo testamento,
de la Iglesia columna y fundamento.

A Tí, Zarza de Horeb, blanca azucena,
Rosa de Jericó, fragante viola,
lirio entre espinas, mística verbena,
encendido clavel, cuya corola
se abre gentil de perfecciones llena,
esbelto girasol, que tornasola
siempre en su Dios con el semblante fijo
la hermosura infinita de su Hijo.

.....
Dije en mi amor: a celebrar me ciño
tu Inmaculada con la Iglesia entera:
y recordando al par en mi cariño

la blanca imagen de mi edad primera,
los dulces besos y el amor de niño.
quise cantar en expresión sincera
tus grandezas, oh Reina soberana,
sin arte alguno, mas con fe cristiana.

NOTA.—Esta Poesía compuesta con motivo del quincuagésimo aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, fué declamada por el R. P. Víctor de Legarda, O. M. Cap., en una solemne velada literaria, celebrada en el Convento de los P. P. Capuchinos de Pamplona.

ROMANCE

A mi madre ausente

I

Al tiempo que el sol extiende
su rayo fecundo al alba,
y pinta en diáfano aljófár
perlas que engendran las ramas,
derramando en cielo y tierra
el sosiego y dulce calma,
que en las alegres campiñas
se aspira por las mañanas,
misterioso sentimiento,
invadiendo mis entrañas,
me deja todo embebido
en celeste ensueño de hadas.
No sé como así me anega
entre sombra y luz extrañas,
pero sí veo que activo
se apodera de mi alma,
que su imagen hechicera
sello de fuego en mí graba,
y mi pecho purífica
y lo enciende en vivas llamas.
¿Será que el cielo benigno
dulce influjo en mí derrama?
¿o enigma, o misterio o sueño,
cubierto de tenue gasa,

que, agitándose en el aire,
me atrae en dulce esperanza?
¿o lampo que resplandece
en súbita llamarada,
y con su luz me fascina
y cual señuelo me arrastra?
¿Es numen que poderoso
las cuerdas pulsa de mi alma?
No es luz, ni ilusión, ni sueño,
ni numen, ni cosa extraña:
es de una madre amorosa
la imagen dulce, adorada;
dulce imagen, que al reflejo
de su luz en mis entrañas,
dilatándose cual foco,
amor ferviente en mi estampa.
Esa idolatrada imagen,
ese pedazo de mi alma,
en suaves modulaciones
en mi pecho vibra y canta;
por eso, no frágil lengua,
sino amor de hijo es quien habla
Celebren manos artistas
en cítaras acordadas
mil bellezas seductoras,
que inspira musa agraciada:
canten olorosas flores,
que el fresco ambiente embalsaman,
y en versos mil hechiceros
alaben beldades vanas:
que yo, madre, de tu amor
celebraré con voz llana
los trabajos, los desvelos,
tus siempre incansables ansias.
¡Cuánto diera que mi lengua
en serafín trasformada
cantase de tus deseos
las veladoras miradas!

;Cuánto que celeste artista
todo mi ser agitara
trocando en cuerdas de amor
todas las cuerdas de mi alma!
;Cuánto que en limpio crisol
mis labios purificara;
y que todos mis afectos
lenguas finas se tornarán!
Pero si esto no es posible,
tu bondad supla mis faltas,
y sigue escuchando, madre,
el tierno canto de mi alma.

II

El ave que en la espesura
de montes y valles canta,
de su amante compañera
llora la ausencia, porque ama.
Los besos con que una madre
a su dulce amor regala,
vuélvele con mil caricias
el pequeñuelo, porque ama.
Las memorias de un amigo
con pluma sencilla dadas
son de cariño señales,
en que se goza, porque ama.
Y este dulce sentimiento,
que se desborda de mi alma
volando hasta el santo hogar,
do tu vives, madre amada,
¿no es firme prueba de amor
de este tu hijuelo, porque ama?
Este amor, flor de los cielos,
lo difícil y arduo allana,
y en vivo fuego convierte
la más fría nieve helada.
En su extensión y grandeza
parece sombra con alas,

que tanto más cuerpo toma
cuanto está más apartada.
Es en lo puro y sencillo
amor de inocente infancia,
y en lo suave y delicioso
nube bienhechora y santa
de grato, oloroso incienso,
que centellea ante el ara.
Dócil siempre a tus desvelos
y a tus santas enseñanzas,
de tu voz al suave acento
fiel se derrite y ablanda,
cual suele obediente cera
consumirse entre las ascuas,
y cual en carteles finos
su imagen el sello graba.
En él tu bondad inmensa
que la luz veo más clara:
dirás ¿si antes lo veía?
siempre, madre, lo observaba:
que el amor intenso y puro
es perspicaz y poco habla.
De mi pecho en lo profundo
siempre tendrá su morada,
y jamás podrá arrancármelo
el tiempo que todo arrastra.
Quiero aclarar lo que siento,
pero mi acento desmaya
y en su porfiada lucha
se queda sin decir nada.
Hago un esfuerzo supremo,
y al decirte: ¿cual te ama
mi pecho! la voz expira
y anúdase a mi garganta.
Desisto, pues, en mi empeño
de expresarme con palabras,
porque a cantar mis afectos
ni voces, ni letras bastan.



LOS BEATOS AGATANGELO Y CASIANO

Mártires capuchinos

Ya declina la tarde: ya a su ocaso
en majestuoso paso
de Africa el sol con lentitud camina;
de su fulgor los últimos reflejos
iluminan de lejos
la alta planicie de aérea colina.

Maniatados sobre ella están de hinojos,
levantados los ojos,
en ferviente oración dos Capuchinos,
cuyo amor crece en férvida esperanza,
a medida que avanza
el sol a hundir sus rayos purpurinos.

En torno están allí fieros sayones
con grillos y prisiones
para atar a los santos Misioneros,
que, al cruel espectáculo abstraídos
el alma y los sentidos,
ofréncense a morir mansos corderos.

Sordo ruido de pronto se derrama,
cual si hervorosa llama,

de la selva prendiendo en la espesura,
avanzara en el viento mugidora
 volando asoladora
del hondo valle a la enriscada altura.

Así el rumor creciendo de la plebe,
 que grita y pide aleve
la pronta ejecución de los dos reos,
asciende a oídos del cruel tirano,
 que decide inhumano
satisfacer del pueblo los deseos.

El verdugo a su voz con ruda planta
 sañudo se adelanta,
y ase feroz de un santo Misionero;
al que, arrastrando por la ardiente arena,
 echa gruesa cadena,
del suplicio mostrándole el madero.

En tanto otro sayón con iracundo
 rostro coge al segundo,
amárrale feroz con duros lazos;
y arrojándole a bruseos empellones
 deja hecho mil girones
el monacal vestido entre sus brazos.

La hora sonó del último suplicio:
 el cruento sacrificio
va a comenzar de los sagrados reos,
que a Cristo ofrecen, luz de sus amores,
 las penas, los rigores,
del corazón los íntimos deseos.

Y cual laten de heróicos campeones
los bravos corazones,
cuando la lucha con furor estalla;
así marchan los mártires armados,
de Dios fieles soldados,
del sacrificio al campo de batalla.

Con efusión los santos Misioneros
abrazan los maderos,
que a sus ojos en alto se levantan:
los besan veces mil, de gozo llenos,
y con rostros serenos
miran los hierros, que al mortal espantan.

Ya los verdugos, del tirano esclavos,
aparejan los clavos
y las férreas argollas del tormento...
Mas, cuando a alzar se aprestan a los fieles
mártires, sin cordeles
encuéntanse ¡oh furor! por el momento.

Los dos héroes, que miran con serena
frente, la horrible escena,
sonríense gozosos, y encendidos
en el divino amor que los devora,
bríندانles sin demora,
la horca a suplir, sus míseros vestidos.

Y presentan al punto a los sayones
los benditos cordones
de sus hábitos rotos, y al momento

vense alzados del suelo con fiereza,
atada la cabeza
al nudoso madero del tormento.

No retuercen los mártires sus cuellos,
ni mesan sus cabellos,
cual malhechor en la postrer tortura.
Solo tiene su amor un sentimiento,
sus labios un acento,
acento de perdón y de ternura.

—“¡Dulce Jesús! recibe nuestras almas,
y danos ya las palmas,
a que tu amor nos brinda desde el cielo...
Mas de este pueblo otiópico extraviado,
borra antes el pecado,
y nos darás el último consuelo”.

Una hora transecurrió: de la alta cumbre
con su postrera lumbre
pálido el sol los montes ilumina;
y al brillo suave que su luz derrama,
célica, inmensa llama
desde el cielo desciende a la colina.

Las almas de los mártires volaron,
y allá solo dejaron
sacros despojos de triunfal victoria.
Lor sin fin a Agatángelo y Casiano
tribute el labio humano:
¡honor al mártir, al Señor la gloria!



¡CARNAVALES

Yo vi en los campos de Babel impía,
En voluptuosa orgía
Los placeres cantar de inmunda diosa,
Vi desbordarse de su torpe seno,
Rompiendo todo freno,
Llamas impuras entre turba ociosa.

De arpa lasciva al compasado acento,
Ménades sin cuento
Vi retozar en bacanal inmundo;
Y allá estampada la redonda huella
Del que sigue la estrella
De las ruines pasiones de este mundo.

Allá escuché de pompa engalanadas,
En mágicas tonadas
¡Necios! cantar impúdicos amores;
Y entre el vértigo horrible de sus danzas,
Las eternas venganzas
Vi descender sobre sus negras flores.

Y al padre vi de la procaz mentira,
Que allá en su trono gira
Tendiendo audaz la red del sensualismo,

Que hundiéndolos del crimen en el fango,
Al son de alegre tango
Los va enpujando al infernal abismo.

Miserables y ciegos, a su lado
No ven entronizado
Al tirano cruel que los embota;
No ven la mano del placer airada,
Que cruge descargada
Sobre el esclavo, en cuyo pecho brota.

Y enloquecida sin temor, ni trabas
En sus pasiones bravas,
Que alzan cabeza en el humano pecho,
Música haciendo de maldad, se agita
La chusma vil, y grita,
Grita danzando con febril despecho.

Y amarrados y envueltos, cual de umbrío
Bosque, en furor bravío,
De los robles las hojas desprendidas
En círculos se mecen; tal sin tiento
Saltan con pie violento,
Por Belcebú sus plantas impelidas.

¡Saltan! y el diablo asorda en sus clamores,
Cubriéndolos de flores
De la conciencia el alarmante grito;
Y ellos sin tasa a sus instintos fieros
Arrójanse ligeros
Para calmar la sed del apetito.

Furia infernal entre sus brazos prende,
Que agítase y enciende
Al siniestro fulgor del bailoteo ;
Cuya influencia al recibir, se altera
La multitud rastrera
Con el furor que aumenta el devaneo.

Nadie se entiende yá: con mano ardiente
Suelta el disfraz la gente,
Corriendo a dar en lamentable exceso ;
Cuando de pronto en la infernal balumba
Ví abrirse negra tumba
Del crimen vil al sanguinoso peso.

Lo ví y grité; pero mi ronco grito,
Cual piedra de granito
Se hundió en las aguas de su turbio abismo.
Tendí la mano aceleradamente
Por ver si en el torrente
De tanto horror cesaba el paroxismo:

Mas al verlos cantar en sus locuras
Mil necias aventuras,
Que el delirio forjaba en sus pasiones,
Rompí el silencio de mi airado pecho,
Y en lágrimas deshecho
Alcé este grito en medio a sus salones:

¡Insensatos! corred: allá os espera,
Al fin de la carrera,
El Juez supremo, inexorable, santo,

En cuya mano oscila la balanza
De la eterna venganza,
Que presto fallará con duro espanto.

¡Ciegos! ¡No veis en tan audaz locura
La horrible desventura
Que a vuestra alma labráis en mala hora?
¿Aún avanzáis furiosos y sin tino
Corriendo el mal camino
Del vicio ruin que el corazón devora?

¡Encenagaos, pues!!... hierro candente
Del vicio en vuestra frente
Marcará más el sello ignominioso
De los hijos de Cam: no habrá allá huída:
Vuestra liviana vida
En contra gritará: ¡grito espantoso!!

Mortales ¡ay! mirad en vuestro daño:
Que horrendo desengaño
Vendrá muy presto a abrir a vuestros ojos
La del cristiano inmensa desventura,
Que siempre y siempre dura
Siendo pasto de Dios a los enojos.

Entonces ¡ay! las férvidas pasiones
En lóbregas prisiones
Del abismo con grillos amarradas,
Serán sin fin del rey de la mentira,
Con ímpetu y con ira,
Reprimidas a horribles tenazadas.



HIJO DE REBELION

Al M. R. P. Ignacio de Pamplona.

Roto el eterno reposo,
Dios en su alto poderío
hace brotar del vacío
prototipos de beldad:
Y su Verbo omnipotente
en los centros celestiales
seres produce inmortales
de divina caridad.

Y echando a nivel las bases
de mares, tierras y vientos,
do tengan firmes asientos
en su curso natural;
viste de espléndido manto
las cerúleas mansiones,
limitando sus regiones
por la cumbre celestial.

Y cuando a su Autor divino
obedeciendo natura,
el movimiento inaugura
en su punto cada ser;
Satanás con sus secuaces

rompe la marcada valla,
y en negra e impía batalla
a Dios disputa el poder.

Mas al punto fulminado
por la Justicia divina
rueda en espantosa ruina
de la celeste mansión,
arrastrando en pos millares
de estrellas más, que cayeron,
y al abismo descendieron
en volcánico montón.

La Suprema Omnipotencia
de su presunción en pago,
con justo, tremendo estrago
al orco los arrojó.
¡Triste, memorable ejemplo,
que enseña a la criatura
que su poder y hermosura
de solo Dios recibió!

De Luzbel la audaz soberbia
yace en el fondo sumida:
mas ¡ay! de ella sin medida
surgió a tierra la maldad.
De ella engendrósse el desorden,
la criminal arrogancia,
y en su impía exuberancia
dió a luz **torpe libertad**:

Y al fulgor de negra tea,
que da calor al malvado,
creció, cual crece el pecado
a la sombra del error.
Y cuando estuvo nutrido

de su hechizo, alzó la puerta,
y, como fiera despierta,
saltó encendido en furor.

Fatal engendro del orco,
del anticristo traslado,
en el troquel modelado
del alma de Satanás:
apocalíptico monstruo,
que con rabia de precito
levanta la voz en grito,
cantando al rudo compás.

De su furor y despecho:
“Yo subiré a las estrellas,
y pisaré con mis huellas
el trono del Criador.
¡No serviré! y esa Tiara,
que la sien de Pedro ciñe,
no sufriré que domiñe
los destinos de mi honor”.

Dice el maldito: y volando
va en su loco desvarío
con gozo y placer impío
moviendo guerra a la Fé.
Y osado, pérfido, astuto
recorre pueblos, naciones
tremolando sus pendones
con irritante desdén.

Ya cierne las negras alas
por el tendido horizonte,
llevando de uno a otro monte
su decantada igualdad:
y en tanto en el hondo valle

protege audaz monopolio,
que viene a alzar en un solio
la justicia y la impiedad.

Con malvada transigencia
cubre de flores sus ojos,
mientras cría mil abrojos
en su duro corazón:
y con cínico sarcasmo
lanza contra el pueblo inerte
fieras punzadas de muerte
con fingida compasión.

Arrastrado por la astucia
vencido cae el anciano,
y el más cauto ciudadano
vese rendido a sus pies.
Y al empuje fascinante
de su tiránico bando
avanza fiero asolando
con todo dando al través.

Tal nubarrón proceloso
sacude en rauda carrera
los senos de la ancha esfera
con horrísono fragor:
y desatando a los campos
su lluvia y granizo rudo,
tala con rigor sañudo
cuanto encuentra al derredor.

No rico, dorado techo,
ni humilde y pobre cabaña
libre de su astucia y saña
cabe sus plantas están;
ni verse pueden seguros

al abrigo de su engaño,
ni del impetuoso daño,
que empuja con su huracán.

En él frío excepticismo
la mente humana oscurece,
y al alto genio odormece
en letárgica inacción:
y el más torpe sensualismo
con funesto desenfreno
hunde en asqueroso cieno
la carne y el corazón.

¡O infernal Liberalismo!
del mal solapado velo,
fiera sacudiendo el suelo
con instinto torvo audaz:
¿A qué insultarnos cobarde
tras el velo que te ampara,
y urdir con pérfida cara
guerra, pregonando paz?

Valor llamas al perjurio,
dignidad a la venganza,
a la punta de una lanza
verdad, derecho y razón.
Virtud santa al egoísmo,
útil pasatiempo al vicio,
cuando eres solo artificio,
impostura y traición.

De lo justo haces parodia,
toda ley sana rehuyes,
y libre a todo, destruyes
la noción de libertad.
Infel remedas justicia,

ignorante finges ciencia,
y el blanco de tu conciencia
viene a ser la utilidad.

Así astuto cocodrilo
de Libia en el suelo ardiente
se arrastra por la vertiente
con silencioso terror.
Sus ojos clava en la víctima,
dolor aparenta y llora....
mientras la parte y devora
con sanguinario furor.

Mientes, traidor: la mentira
en tu aspecto se retrata,
al par que el mal se dilata
bajo tu funesta acción.
¿Piensas acaso algún día,
horrendo y feroz endriago,
en las ruinas de tu estrago
envolver la Religión?

En vano muerdes su planta:
nunca lograrás sucumba
Pedro, que en su misma tumba
reconstruye su poder.
Mas, ¡ay! tú, mientras que impío
vas sobornando a la gente,
¡no miras sobre tu frente
maldición divina arder!

Ya de Miguel la ígnea espada
cernerse en los aires veo
contra tí, infernal Briareo,
nefando engendro del mal.
Blandidla ya, o santo Arcángel,

cual lleno de ardiente celo,
la blandiste allá en el cielo
contra el **primer liberal**.

Rompe, destroza, aniquila
su altiva obstinada frente,
vibra pronto el rayo ardiente
de divina indignación.
No quede rastro en el suelo
de su maldita carrera:
¡muera su reinado, muera
bajo eterna execración!



HIMNO

en honor de

SANTA JUANA DE ARCO

Ilustre mártir Terciaria de S. Francisco

Coro

Salve, salve, sublime doncella.
De la Iglesia y la Patria esplendor,
Sostened nuestro aliento en la lucha
De la fe contra el siglo impostor.

Estrofas

I

En tus días lanzó el enemigo
Sobre Francia temible legión,
Y a su empuje violento opusiste
Del arcángel el sacro pendón.

II

Tu pendón que al angélico acento
En tu brazo prodigios obró,

Y al vencido ánimo en la derrota,
Y a su sombra victoria alcanzó.

III

Con la frente y mirada serena
Y en tu pecho de Dios el amor,
Te lanzaste a la lucha invocando
A Jesús Capitán triunfador.

IV

Y esa fé y ese amor del martirio
Sobre el ara ante el mundo brilló,
Alcanzando del cielo las palmas,
Que a tu frente la Iglesia ciñó.

V

Ya del cielo ostentando la enseña
La doncella, de Francia adalid,
Nos alienta entre nimbos de gloria
A avanzar del cristiano en la lid.

VI

¡Ea! ¡Sus! de la Cruz bajo el lema
En compacto aguerrido escuadrón
Tremolemos de Dios y la Patria,
Como Juana, el sagrado pendón.

VII

A la lid, fervorosos Terciarios,
La batalla a librar del Señor,

A la lid, macabeos seráficos,
A la lid con católico ardor

VIII

Nada importa que en rabia encendido
Mil combates concite Satán,
Que del cielo embrazando el escudo
nos protege la virgen de Orleáns.

IX

Si el impío proclama en su encono
Guerra eterna a la Iglesia de Dios,
Cual la virgen de Francia volemos
De Jesús a ponernos en pos.

X

Y ostentando en el pecho la enseña
De la Patria y católica fé,
De la Iglesia corramos en torno
De su roca a ponernos al pié.

XI

Y del Padre de Roma ante el trono
Confesemos su augosto poder;
Que al mirarnos llegar, vacilante
Desde el suyo caerá Lucifer.

XII

No temamos entrar en la lucha,
Fieles hijos de amor y de luz:

Que o la fé triunfará, o moriremos
Cual valientes al pie de la Cruz.

XIII

Presentemos los pechos briosos
De la lid al violento fragor,
Proclamando del bien la victoria
Contra el siglo moderno y su error.

XIV

No gigantes ni pechos altivos,
Sino humildes, cual Juana, ostentad:
Y cual ella, vereis algún día
De la fé triünfar la verdad.

XV

Y en la lucha titánica y fiera,
Que libramos de Cristo en honor,
Palma eterna en el trance supremo
A su sien ceñirá el vencedor.

Coral

Volad, volad, cristianos,
Volad a la victoria
Bajo el pendón de gloria
De Juana de Orléáns;
Pregona en su bandera
La patria libertad;
Lleva en su lema escrito:
Fé, Paz y Caridad.

A LA FLOR DEL CIELO

Rico en sus alas
El blando céfiro
Lleva el aroma
De blanca flor;
Y al llegar rápido
Del monte al hueco
Pliega las alas
En son de amor.
Al hondo valle
Desciende y gira
Bañando plácido
Todo en su amor;
Besa la arena,
Quebrando el vuelo
Entre el selvático
Vago rumor.
Y al blando estruendo
Que va extendiéndose
Grita: **del Cielo**
Gloria a la Flor.
Pisa la alfombra
Del verde prado,
Al agua y céspedes

Cuenta su amor;
Y exclama prófugo
Torciendo el paso:
Del alto Cielo
Gloria a la Flor.
Rompe la valla
De áspero risco,
Do el aura hiérese,
Dando un clamor;
Y dulce y lánguido,
Rotas las alas,
Cabe un arroyo
Murmura amor.
Baña en el agua
Su frente exánime,
Se hunde en las olas
Con pié veloz,
Y entre los pliegues
Del seno acuático
Gime: **del Cielo**
Gloria a la Flor.
Leve su espíritu
De muerte herido

Se ahoga, trinando
Canto de amor,
Que ninfa nápea
Repite, al verle
Morir: **del Cielo**
Gloria a la Flor.
Y en tanto el astro
De hebras auríferas
Seguía a Aurora
Cual rey de amor,
Siempre en pos de ella
Flamante, lúcido
Dando **del Cielo**
Gloria a la Flor.
Se enciende el valle

De su luz vívida,
Y brilla el monte
Con su fulgor:
Y al despedirse
Tras el crepúsculo
Vierte su último
Canto de amor;
Que en su piquillo
Sonoro pájaro
Lo aspira y sorbe
Con vivo ardor,
Y hasta el leve héspero
Sigue trinando:
Del **Alto Cielo**
Gloria a la Flor.



A VUELA PLUMA

Quise cantar: y al corazón ardiente
No logré, no, en líricos raudales
Arrancar un pensamiento
Que asaltó tenaz mi mente:
Porque el arte más sublime,
Aún cerniéndose en la cumbre
De soñados ideales,
Es muy pobre, muy trivial.
Y aunque quiera el alma humana
Con arranque y entereza
Esculpir su afecto interno
En artística expresión;
Derramar vida en la idea
Y sensible y palpitante
Darle forma creadora
Con la pluma o el pincel...
¡Ay! no puede!
Que belleza aún bien sentida
Siempre cuesta darle vida
Y sacarla bien a luz.
Ya se pinta cual hermosa
Luz que vaga, y... ¿dónde está?
Ya es cual fuego que se agita

Dentro el pecho, y... ¿qué hace allá?
Es cual nube que ya muere
Y en celajes nace ya.
Siempre hermosa, siempre viva
En pos de ella el hombre va;
Cual va siempre tras la dicha
Fatigando a sus deseos,
Y ella esquiva, voladora
A su amor se oculta más.
¿Es que el hombre va perdido
A buscarla do no está,
E insensato no la siente
Que volando en torno va?
¡Ay! la tierra es densa nube
Que nos vela la hermosura
De aquel cielo!!!...
Y es la dicha sombra que huye,
Humo denso
Que se extiende en largas ondas
Formando vago espiral.
Cuerpo vano que, al tocarlo,
En las manos se disipa
Como cera derretida
Al contacto del calor;
Como espuma que hervorosa
Bulle y gira tras la nave
Que va hendiendo los cristales
Espumosos de la mar;
Como el ángel de los sueños,
Que sonrío en lontananza
Y da al alma soñadora

La esperanza
De ver un día su faz.

Noble idea nace acaso
En la mente del poeta,
Cual en oasis del desierto
Yergue el tallo planta hermosa
De algún germen que arrastrara
Impetuoso allá el simoun.
Brotó, crece, sube, vuela
Al impulso poderoso
De halagüeña inspiración.
Hiere el alma, la despierta,
Le da dulce y grato son,
La fascina con su encanto,
Y en un punto al par derrama
Luz y fuego al corazón.
Mírala, ya quiere asirla;
De ella ya va a dar en pos;
Ya la tiene, la arrebató;
Vé cumplido ya su afán...
Mas ¡ay! que en las torpes manos
Huye todo... y solo deja
Ansia eterna que fatiga,
Cierta anhelo indefinible
Cual luz vaga, que oscilante,
Se columbra
Sobre densa oscuridad.
Infeliz del que consume
Su existencia asaz liviana
En un perpetuo soñar.

¡Sursum corda! ¡vista al cielo!
Tras los velos de este mundo
Allá reina la Verdad.
Mortales ¡al cielo, al cielo!
Do se asienta entre querubes
La Belleza sustancial.
Do entre nubes de oro y grana,
Descorido el blanco velo,
Más que luz de la mañana
Brilla y reina la Verdad.
Mortales ¡al cielo, al cielo!
Que allí solo está la dicha;
Lo demás es... ¡vanidad!



LEJOS DE SU PATRIA

I

Yo ví pobre emigrante vagar, roto el vestido,
con pasos descarriados en hambre y soledad;
la ví a través del velo que en su aflicción ceñía...
la ví gemir, llorar!

Paloma que extraviada con rápido aleteo
va al campo atravesando, perdido el patrio hogar,
errante infortunada, que en tierras peregrinas
busca amistoso umbral.

Tallo en su flor cortado del huerto en donde ameno
creció a los dulces besos del céfiro natal;
que en vano es trasplantado para lucir sus galas
en más rico solar.

La desdichada llama: mas nadie le responde:
pregunta por su patria y huye a sus voces más:
tras ella corre;—¡oh madre!...la alcanza, vuela a hablarle:
mas... ¡pobre! sola está.

Desconsolada y triste queréllase ante el cielo,
y en torno de sí propia consuelo quiere hallar;
contémplase indecisa... y al verse sola exclama:
¡oh Patria, ven aca!

¡Oh dulce Patria hermosa, madre del alma mía,
¿do ocúltanse tus valles? tus montes ¿dónde están?
¿no me respondes? dime: mi Dios reina de tu suelo,
sin tí no puedo estar.

Montañas de mi valle, frondosas praderías
de mi nativa aldea ¿do está mi dulce hogar?
¿do el blanco caserío, la ermita bendecida,
donde iba yo a rezar?

Mis ojos ya no miran la esbelta torrecilla
llamando a mis hermanos con lenguas de metal:
¡bendiga el cielo el día que a tu benigna sombra
vuelva otra vez a orar!

Patria del alma mía, la de repuestos valles,
de la leyenda antigua región tradicional,
en cuyo seno duermen los manes de mis padres
en misteriosa paz.

Perdóname si un día, tu santo amor burlando,
ingrata fuí a tus ojos cansados de llorar.
Perdóname si ilusa lanzóme a mil azares
la sed de vil metal.

¡Oh dulce madre mía! llegar quiero a tus brazos,
gozar quiero en tu seno tu abrigo maternal.

Abre-me tu regazo, y al punto, de mis penas
el llanto acabará.

Angel del buen camino, que vas velando el paso
del pobre desterrado, que invoca tu piedad,
alúmbrame la senda de mi querida Patria,
de mi paterno hogar.

II

Y marcha en su busca por cerros y prados
traspasa los campos con trémula planta,
sedienta camina por suelos quebrados
cual tétrica sombra que áterra y espanta.

Perdida se interna por senda fragosa
con flébiles ojos buscando la altura
de un monte, do pueda en queja amorosa
contar a su Patria su honda amargura.

La noche está fría: pendiente la luna
cual fúlgido faro del éter azul;
y el buho siniestro, con voz importuna
quebrando su canto del fresco abedul.

Y deja a sus ojos la luz refulgente
las nubes abiertas en bandas undosas,
que nacen y crecen y en giro luciente
sus senos reflejan, ya blancas, ya umbrosas.

Y en son que favonio llevó a sus oídos,
de aroma salubre bañando el ambiente,
le dice en retorno de aquellos gemidos
aquestos acentos que hieren su mente:

—¡Oh pobre desvalida! ¿por qué loca y sin tino
los montes trepas sola con lúgubre ansiedad?
¿Qué buscas, pobrecilla, que en lágrimas amargas
no más haces llorar?

¿Inútilas? ¿qué mal te aqueja? por qué en la noche fría
giras tus rotas plantas, por el fragoso erial?
¿qué buscas? no te espantan los lobos carniceros?...
¿por qué tan duro afán?

Escucha, triste errante; de tu querida Patria
huyendo ¿qué pensaste en la extranjera hallar?
¿no me respondes? dime: sí, dime, pobrecilla,
que presto hallarás paz.

—Salí ¡ay! de mi Patria, por ver si gente extraña
prestábame en sus tiendas mayor felicidad:
pero ¡ah! burlas, desdenes, mirándose unos a otros,
solo a mis llantos dan.

Quise encontrar consuelo do reina la tristeza,
ansié ver hermosura do está la fealdad,
busqué desorientada las sendas de la vida,
do solo hay mortandad.

¿Do, pues, iré infelice? las sendas tan trilladas,
que a mi solar conducen, errante perdí ya:
los montes de mi Patria, tan caros, confundidos
en mi memoria están.

¡Oh dulce Patria mía! llegar quiero a tus brazos,
gozar quiero en tu seno tu abrigo maternal:
enséñame el camino, y al punto, de mis penas
el llanto acabará.

Torna, torna, infelice,
torna al paterno hogar,
que en él a Dios serviste
de amor llena y piedad;
y allá en extrañas tierras
quizá te perderás.
La Patria, que es tu madre,
consuelo en tu pesar,
daráte entre sus brazos
la dicha y el solaz.
Tuerce, tuerce tus pasos
hacia el paterno hogar,
que en él a Dios serviste
de amor llena y piedad;
y allá en extrañas tierras
quizá te perderás.



¡MAR ADENTRO!

A mi querido hermano en Religión
R. P. Joaquín de M., año 1906.

¿Lo ves? mira: dormido
detrás del alto monte,
que soberbio limita el horizonte,
levanta al cielo atronador mugido.
Monstruo de espumas en movable suelo
sus espaldas rugiente balancea
envuelto en verde y trasparente velo,
que en anchos pliegues sin cesar flamea.
Mira: tiende los ojos
por esa inmensa líquida laguna:
desde la costa, do el patrón se mece
en su bajel, cual niño pequeñuelo
en cándido cojín de blanda cuna,
hasta do el mar cerúleo parece
juntar sus ondas con el alto cielo,
vé cien naves correr a remo y vela,
que impulsando sus ruedas nadadoras,
leves sulcan cual aves voladoras,
dejando en pos hirviente, blanca estela.

Y ¿á dō enderezan sus tajantés proras,
oh, caro Misionero?
¿Qué espíritu las guía
por ignorado oculto derrotero
sobre las ondas de la mar bravía?
¿Quién sabe ¡ay! si aquella,
que en su presurosa huella
surca las claras olas,
alegre tremolando banderolas,
aquella nave altiva,
que a nuestra playa arriba,
tras no lejana hora
se mecerá aprontada,
para lanzarte de la patria amada,
lejos, muy lejos al rayar la aurora?

Si el hado oculto conocer pudiera
de su veloz carrera,
aunque con tino incierto,
hoy en cantarlo audaz me complaciera.
Mas bien me dice el alma
que aquel distante puerto,
que allá lejos se advierte,
ya abre sus brazos en segura calma,
aprestándose blando a guarecerte
y de sus bravas ondas protegerte.
¿No le ves ya mover hacia la arena
su undoso pavimento,
de sonoro murmurio acompañado,
con majestad y raudo movimiento?

¿No ves llegar el barco que aprontado
viene cortando el líquido elemento?
¿Y al viento desplegada
no ves ya la bandera,
que saluda festiva la ribera
de la patria con ansia suspirada?

¿Qué esperas, pues, oh noble Misionero?
¿Qué esperas? ¡hurra! al céfiro ligero
despliega pronto la voluble lona.
¿Quién no se anima a traspasar los mares?
¡hurra, al navío! quien virtud pregona,
no ha de temer del ponto los azares.
Batid los remos, ensanchad las velas;
y al violento mugir del oceano
bogad, bogad, alegres cantinelas
cantando a Dios, cuya potente mano
rige el vaivén de las bullentes olas.
¡Sus! mar adentro! que mi lira en tanto
hará brotar el más dulce gemido
del postrimer arpegio de mi canto,
que por tí, Hermano, vibraré yo a solas.
Ciña tu rostro la serena calma
del varón fuerte, oh caro Misionero:
surca gozoso el largo derrotero
del ancho mar. Los hados perenales
cumple de Dios: su sabia providencia
séate dulce como blando sueño.
Los líquidos cristales
corta del mar que gime bajo el leño

sosteniendo tu heróica existencia,
Propicio el cielo, los alados vientos
del velamen en torno resonando,
acaricien el barco, que rizando
del mar las ondas, llegue victorioso.

No cejes ¡hurra! al término glorioso!
Las blancas alas del volante lienzo
rige con suelta mano;
hiende veloz las transparentes olas,
aléjate del llano
de las fértiles riberas españolas.
Vence bríoso el líquido elemento
por senda oculta con errante huella,
que ni ligero viento,
ni súbita centella
pueda alcanzar tu vencedora ruta.
¡Adiós!... mas ¡oye! que en copioso llanto
anhelo ardiente el corazón me inmuta.
¡Oh, cuánto fuera mi consuelo, cuánto,
si hoy partiera contigo en esa nave!
¡oh, si del aura sobre el leve manto
volar al par pudiera como el ave!
Entonces ¡sí! ¡oh caro Misionero!
seguiría con ánimo esforzado
tu largo derrotero
sin las aguas temer del ponto airado.
Y entonces, sí, contigo llevaría,
la cruz alzada en la sagrada mano,
con pecho firme y santa valentía,
la fe de Cristo al culto americano.



EL EMIGRANTE

Sentado de la playa sobre la ardiente arena
Del extranjero suelo que incauto fué a buscar,
Transido el triste pecho por torcedora pena,
Pensando en los amores de su perdido hogar...

Absorto en el recuerdo de su casita blanca,
Do abandonó a la madre sumida en aflicción:
Recuerdo que a sus ojos mil lágrimas arranca,
Cortadas por sollozos del más vivo dolor:

Tras la ligera bruma, que enturbia el horizonte,
Buscando la honda estela del rápido bajel...
El mar se absorbería por divisar el monte,
A cuyo pie está el valle, do el sol le vió nacer.

El bello sol de antaño que alumbró el caserío,
Do duermen los ensueños de su infantil edad,
Entre las suaves ondas del murmurante río,
Que aún de su adiós se mueven al plácido cantar.

Gira sus turbios ojos el mísero emigrante
Sobre la mar rugiente que va a besar sus piés:
Y al ver cual huyen rápidas, quisiera palpitante,
De honda nostalgia herido, las olas detener.

Su espíritu navega con ardoroso anhelo
Por los bullentes senos del dilatado mar.
Alas pedir quisiera para arribar al suelo
De su querida Patria, de su paterno hogar.

Y al contemplar las olas, que en blando balanceo
Destrénzanse en la arena con rítmico rumor,
Cree ¡infeliz! en alas de su febril deseo
Oír el dulce arrullo del maternal amor.

Al ruido del murmurio su frente se ilumina,
A dulces esperanzas se le abre el corazón...
Ya cree que a su aldea sus pasos encamina...
Ya vé su casa y clama con ávida emoción:

“Allá en el valle hermoso yace mi cara aldea,
La casa de mi madre está allí en un rincón,
Y allí al caliente abrigo de negra chimenea
Lloras mi larga ausencia ¡madre del corazón!

Ya voy a tí”—y alzándose de la húmeda ribera
Lánzase ansioso en busca de su perdido hogar...
¡Cuán dulce es la esperanza, si el infeliz que espera,
Logra mirar de lejos cumplido ya su afán!

A JESUS CRUCIFICADO

Arbol, donde el amor tiene su nido,
Norte seguro de las almas santas,
A do en vuelo suavísimo levantas
Las tiernas ansias del mortal herido.

Bajo la sombra celestial dormido
Descansaré de tus sangrientas plantas:
Que aun cuando han sido mis miserias tantas,
Jamás temo de ti ser despedido.

¿Cómo he de serlo, si tus rotas manos
Fijas están con amorosos lazos,
Más duros que la muerte y el infierno?...

Tú por los pobres, míseros humanos
Arrostraste las iras del Eterno...
¡Démonos ya pacíficos abrazos!

MARIA AL PIE DE LA CRUZ

Firme de pie junto a la Cruz sagrada
La dulce Madre virginal María
Del Hijo contemplando la agonía
Sus dolores ofrece resignada.
Abriendo entonces la Verdad increada,

Que es del Padre eternal sabiduría,
Sus secos labios, este adiós le envía:
“Sé del hombre ¡oh mujer! madre adorada”.

Desde ese instante al pie del Crucifijo
Al verte siempre, oh Madre de dolores,
Siento a la par tristeza y regocijo:

Y absorta el alma en íntimos amores,
Cuando recuerda su deber de hijo,
Madre te llama ¡ay! de pecadores.

EN EL CEMENTERIO

Difunde en torno intenso sentimiento
la soledad sombría, majestuosa,
que lúgubre se eleva en fría losa,
de cadáver cristiano monumento.

Doquier que tiendo el vago pensamiento,
allá encuentro la muerte quejumbrosa,
que del verde ciprés al pie reposa
soberana en su mismo apartamiento.

Despojos mil contemplo en la llanura
y cruz de paz cubriendo su desierto,
fiel mensajera de inmortal ventura.

Los ojos vuelvo... y de un sepulcro abierto
oigo una voz que con temblor murmura:
“Rogad a Dios dé eterna luz al muerto”.



“EL SUEÑO DEL REY FRANCO”

Es de noche. Carlomagno
con sus brillantes mesnadas
yace en Espiral, en vela
inquieto esperando el alba.
En el cielo no hay estrellas,
la luna escondió su cara:
al lejos brillan hogueras
por las abruptas montañas.

Libre y orgulloso el franco
canciones de guerra canta:
en el soberbio Aztobiskar
hambrientos los lobos aullan.
Y allá en las agrias laderas,
que coronan cumbres bravas,
óyese rumor creciente
cual de ejército que avanza...
Es que afilando los vascos
askonas, güecias y ezpatas
dan temple a sus duros cortes
de Ibañeta en las quebradas.

Carlomagno, acongojado,
no duerme, ni encuentra calma;
Pajecillo viejas crónicas
léele junto a la cama.
El fuerte Roldán, no lejos,
limpia su famosa espada
Durandarte... y a la Virgen
reza el buen Turpín y... calla.
—Paje mío ¿qué rumor,
el gran rey de pronto exclama,
es ese, que de la noche
rompe la profunda calma?—
—Señor, respóndele el paje,
son las hojas y altas ramas
que bosque Irati, que el viento
con sus ímpetus desgaja.—
—Ah, niño amado, parece
grito de la muerte insana:
mi corazón se amedrenta,
hiere su murmullo a mi alma.—

El rey Carlomagno inquieto,
dormir no puede en su estancia.
Cielo y tierra están sin luz,
los lobos en el monte aullan:
y ocultos los euskaldunas
de Ibañeta en las quebradas
vibran entre las tinieblas,
azkonas, güecias y ezpatas.
—¡Ah! suspira Carlomagno,

no puedo, fiebre me abraza:
¿qué ruido es ese?—y Roldán
dormido ya, no le habla.
—Señor, dice el buen Turpín,
dirigid a Dios plegarias,
rezad conmigo, rezad:
ese estruendo que os espanta,
es el cántico de guerra
de Euskeria: ¡ay! y es mañana
el postrer de nuestra gloria,
que caerá en estas montañas.
La frente de Carlomagno
ríndese al sueño agobiada;
y el buen Turpín le contempla,
y al fin duerme y todo calla.

Sin luna, ni luz, ni estrellas,
la noche en su curso avanza:
extinguense las hogueras
de los montes: ya no cantan
los francos, ni alzan el grito...
Todos duermen... sólo aullan
los lobos en Aztobiskar...
y azkonas, güecias y ezpatas
son agitadas al viento
de Ibañeta en las quebradas

El alba nació: y de bruces
sobre el áspera montaña,
los valientes euskaldunas
elevaron mil plegarias
hasta el cielo, semejantes
al murmullo de mar brava.
Llegó la tarde: y del valle
por la temida hondonada
viéronse negros despojos
de una sangrienta batalla.

HEROES SERAFICOS

De errante nubecilla quisiera el blando vuelo,
las vencedoras alas del águila caudal,
y en ellas sustentado, burlando el bajo suelo,
subir a las regiones de atmósfera inmortal.

Y allá tras los linderos, do suele blanca aurora
su cabellera fúlgida en franjas mil dorar;
quisiera sobre el manto del aura templadora
las órbitas inmensas de un vuelo atravesar.

Y allí en la cumbre eterna, do el alma bienhadada
su santo pecho inclina de Dios al dulce amor,
de ilustres ascendientes mirar falangealzada,
sobre gloriosos tronos de eterno resplandor.

Jardín de bienandanzas, de inmarcesibles flores,
donde triunfante admiro Seráfico Esequadrón,
que del Cordero en torno con nítidos fulgores
estupefactos brillan en santa adoración.

En éxtasis eterno contemplo al gran Patriarca,
cercado de mil hijos, que dan al mundo luz,
que en pecho, pies y manos ostenta del Monarca,
la enseña sacrosanta, de amor viviente Cruz.

De este segundo Cristo, de amor sol esplendente,
en tres radiantes círculos girando en torno van
mil astros luminosos sobre órbita fulgente,
que surcan atraídos por misterioso imán.

Y es Quintaval y es Clara, y es Isabel de Hungría,
y es Luis, rey de los francos, e ingente procesión
de obreros, labradores, guerreros, clerecía,
que en pos del Padre marchan, asidos al cordón.

¡Qué inmensas multitudes del divinal Cordero
volar veo hacia el solio del gran Patriarca en pos!
¡Qué de incontables héroes, que siguen el sendero
de luz, cantando alegres himnos de amor a Dios!

De Padua el Taumaturgo, flotando en un torrente
columbro de fulgores, que brotan a raudal,
de su encendida lengua, nido de celo ardiente,
de oráculos sagrados perenne manantial.

Vislumbro allí al maestro, que es vívido traslado
del Serafín humano, de sacra ciencia honor;
cuya dorada pluma brotó dulce tratado
de mística subida, de ciencia del amor.

Ventura, doctor ínclito, que en alto arrobamiento
robó el ascua sagrada del ara al Serafín:
su amor es alta ciencia, su ciencia es ardimiento,
que al alma fiel levanta del cielo hasta el confín.

En la gloriosa diestra de Cristo el oriflama
izar veo al santo héroe de Sena Protector;
de sus radiantes ondas celeste luz derrama,
y espারে en torno suyo suavísimo fulgor.

Fulgor, cuyos reflejos, cual foco soberano,
irradia en áureas letras de Cristo el nombre real,
sobre estandarte bélico, que vibra Capistrano
contra el muslime bárbaro en actitud triunfal.

Sentado en alto trono columbro a Cantalicio,
cual sol entre los astros espléndido brillar,
de angélicas virtudes bellísimo edificio,
del franciscano templo magnífico sillar.

Fulgente allí aparece, en trono diamantino
brillando en alta esfera de Brindis el Patrón,
insigne diplomático, predicador divino,
que a su talento eximio de lenguas unió el dón.

Osténtase Leonisa, simpática figura
de confesor y martir, que cual segundo Juan,
no dió al Señor su alma del fuego en la tortura,
que, lleno de virtudes, durmió la muerte en paz.

De amores eucarísticos Pascual todo inflamado
refleja la hermosura del inefable dón
de Cristo, y, aunque oculto al mundo, es aclamado
de augustas asambleas celeste almo Patrón.

Allí el gran Sigmaringa, que en la humanal carrera
ceñió a su sien de apóstol, de mártir el laurel,
de Propaganda Fide ganando la primera
auréola de gloria contra el protervo infiel.

¡Cuál brilla Leonardo, celoso Misionero,
que convirtió más almas, que arenas tiene el mar!
y el claro hijo de Cádiz, que intrépido el sendero
siguió del gran Apóstol, luchando sin cesar.

Con rostro esplendoroso postrado reverente
De Urbino el noble vástago asiste ante el Señor
cual girasol esbelto, que inclina suavemente
la frente y tallo fértil al fébeo fulgor.

Cual gárrulo arroyuelo deslízase armonioso
por el celeste prado radiante fray Crispín,
como sonrís del alba, cual bálsamo oloroso,
que exhala grato aroma del lecho de un jardín.

Oculto y amoroso, cual tórtola en su nido,
descuellan mil Beatos con plácida bondad;
de sus rosados labios y aspectos florecidos
sonrisa dulce asoman de gracia y de beldad.

¡Magnífica falange de Santos confesores
y mártires ceñidos de aurífero collar,
brindando a Cristo palmas de mágieos verdores,
que en sacrificios cruentos supieron alcanzar!

Al trémulo concento de célicas tonadas
el Escuadrón Seráfico camina en dulce unión,
del divinal Cordero siguiendo las pisadas,
que en movimiento ponen las arpas de Sión.

¡Oh, Religión Seráfica! poética corona
brindarte soñé acaso de tu virtud en loor,
cuando mi pobre lira los hechos hoy pregona
de tus ilustres hijos con fervoroso amor.

Quiero cantar tus glorias. Huyendo de este ambiente
vivir quiero en la altura, mansión del santo amor;
sortear quiero contigo del mundo el mar hirviente,
y del sayal seráfico ceñido pobremente
volar al cielo ansío con aire triunfador.

Que se abran ya los pórticos de la ciudad viviente;
y unidos a los santos con lazo fraternal,
serenos coronados de luz indeficiente,
y del Varón Seráfico al són dulce y ferviente
entonaremos juntos el himno perenal.

PASCUAS FLORIDAS

Tres soles van que de dolor transida
Universal natura
Con faz de luto y flébil amargura
La muerte llora de la Eterna Vida.
Tres soles van... Mas de repente el cielo
De la noche rasgando el negro velo,
En los brazos de aurora se abrillanta,
Y Febo en pos, sonriendo al frío suelo,
En majestuosa marcha se levanta.
Alegre primavera
Vístese ya de nítidos colores,

Y derrama feraz por la pradera
Balsámicos olores;
Del hijo de los montes
En la undosa ribera
Los cristales murmuran bullidores:
La tierra, remozada,
Brotan mil flores del fecundo seno:
A cuyo aspecto de hermosura lleno,
Desde el árbol do yace cobijada
Parleruela avecilla
La tierna lengua vibra a maravilla.
Cual de profundo sueño
El mundo despertado,
Depone de su faz el duro ceño,
Y eleva, entusiasmado,
Con torrentes de luz y de armonía,
Mil cantares de amor y de alegría.

La Esposa de Dios vivo,
De luto y llanto en su viudez ceñida,
Suspende al par el salmo funerario,
Con júbilo expresivo
La frente alzando de esplendor henchida.
El místico incensario,
Que en el altar gimiendo centellea,
Cual de holocausto hostia sacrosanta,
En los aires meciéndose flamea;
Y entre cantares de alborozo inmenso
Y gallardía santa,
Al alto cielo en espiral levanta
Nubes ligeras de oloroso incienso.
Los cantos y aleluyas triunfadoras

Que resuenan del alma en el oído,
En cambiantes sonoras,
Del cristiano que vive en el olvido
Llegan a herir el corazón dormido.
¡Oh dulces cantos que el amor inspira!
A sus sagrados ecos
El escuadrón angélico triunfante
Las cuerdas mueve de su dulce lira,
Y bravo y resonante,
De amor ardiendo en la celeste pira,
Desborda por las fúlgidas mansiones
Grata explosión de voces y canciones.
Al gran compás del himno cadencioso
Da saltos de contento
La Hija de Sión alborozada,
Al ver del monumento
La grave losa helada
Vacía ya, y en alto levantada.

Salud y triunfo, vítores, trofeos,
Al Capitán que despojó a la muerte,
Y fiel a sus deseos
Tomando el cuerpo inerte,
Del sepulcro lo alzó glorioso y fuerte!
¡Día de bendición y de esperanza!
¡Cristo reina! Venció Cristo la muerte!
Ante cuyo destello en lontananza
Presintió ya mi postrimera suerte.
El corazón al término no alcanza
De la dicha sin fin que allí le espera:
Mas clavados los ojos de su anhelo
En el sereno cielo,

Con fé viva y sincera
Del mundo aguarda la aflicción postrera.
De Cristo entonces a la voz potente,
Que al siglo impío aterra,
Suscitará de tierra
La redimida gente,
Y en espantado vuelo
Al punto acudirán sin resistencia,
Del más lejano y escondido suelo,
A su divina, fúlgida presencia,
El pueblo fiel que su promesa adora
Y el que sin fé le ignora.
Con triunfante hidalguía
Se asentará sobre su trono luego,
Y con clamor e intimación de fuego
Apartará de sí la turba impía,
Que, impelida del brazo justiciero,
Dará un bramido con despecho fiero...
¡Y brillará en el mundo eterno día!

CANTO DE LOS CORDIGEROS

Del seráfico emblema ceñidos
en compacto aguerrido escuadrón,
de Francisco por Dios y su Iglesia
tremolemos el santo cordón.
El cordón, que en el mundo cristiano
más imperios a Cristo ganó,
que ambicioso guerrero naciones

con acero cruel subyugó.

El monarca en su trono de gloria
lo ostentó cual brillante florón;
y fué al sabio, al guerrero y al noble
de sus armas preclaro blasón.

EPILOGO

ECOS DE MI LIRA

Ciega y esclava mi inexperta lira
suena divino Amor, en fé se inflama,
y en cantares perennes se derrama
al influjo del estro que le inspira.

Del sacro altar sobre la dulce pira,
do consúmese toda, en pura llama
arde gozosa, y en su ardor solo ama
la Bondad eternal, por quien suspira.

Suspira, sí; que la plegaria mueve
también mi lira, aunque con tosca mano
no logre dar color a la belleza.

Yo la he sentido: mas al Soberano
Padre no plugo que mi canto lleve
del arte creador forma y grandeza.



INDICE

	Págs.
A mi distinguido amigo, Sr. J. Emilio Madrid O.	3
Dedicatoria a la Santísima Virgen María.	5
Soneto.	7
A buen músico mejor poeta.	8
Amor eucarístico.	18
A la Asunción de la Virgen.	26
A Dios en la tempestad.	30
¡Aspiración!	34
Navidad.	39
Música del Bosque.	40
Caridad y Gratitude.	42
¡Aurora Pascual!	48
Perspectivas.	50
Soliloquio.	52
El vergel de la vida.	66
La voz del Buen Pastor.	69
Florechillas de San Francisco.	78
"El Misionero"	89
Mi ideal.	98
Romance.	107
Los Beatos Agatangelo y Casiano.	111
¡Carnavales!	115
Hijo de rebelión.	119
Himno en honor de Santa Juana de Arco.	126
A la Flor del cielo.	130
A vuela pluma.	132
Lejos de su Patria.	136
¡Mar adentro!	141
El Emigrante.	145
A Jesús Crucificado.	147
María al pie de la Cruz.	147
En el Cementerio.	148
"El sueño del Rey Franco".	149
Héroes Seráficos.	152
Pascuas Floridas.	156
Canto de los Cordigeros.	159
Epilogo.—Ecos de mi lira.	160





